



La Internacional Feminista

Verónica Gago,
Marta Malo y
Luci Cavallero
(eds.)

Luchas en los
territorios y
contra el
neoliberalismo



La Internacional Feminista

**Luchas en los territorios y
contra el neoliberalismo**

traficantes de sueños

Traficantes de Sueños no es una casa editorial, ni siquiera una editorial independiente que contempla la publicación de una colección variable de textos críticos. Es, por el contrario, un proyecto, en el sentido estricto de «apuesta», que se dirige a cartografiar las líneas constituyentes de otras formas de vida. La construcción teórica y práctica de la caja de herramientas que, con palabras propias, puede componer el ciclo de luchas de las próximas décadas.

Sin complacencias con la arcaica sacralidad del libro, sin concesiones con el narcisismo literario, sin lealtad alguna a los usurpadores del saber, TdS adopta sin ambages la libertad de acceso al conocimiento. Queda, por tanto, permitida y abierta la reproducción total o parcial de los textos publicados, en cualquier formato imaginable, salvo por explícita voluntad del autor o de la autora y sólo en el caso de las ediciones con ánimo de lucro.

Omnia sunt communia!



Licencia Creative Commons
Reconocimiento-CompartirIgual 3.0 Unported (CC BY-SA 3.0)

Usted es libre de:

- * **Compartir** — copiar, distribuir y comunicar públicamente la obra
- * **Remezclar** — transformar la obra
- * **Comercial** — hacer un uso comercial de esta obra

Bajo las condiciones siguientes:

- * **Reconocimiento** — Debe reconocer los créditos de la obra de la manera especificada por el autor o el licenciador (pero no de una manera que sugiera que tiene su apoyo o apoyan el uso que hace de su obra).
- * **Compartir bajo la misma licencia** — Si altera o transforma esta obra, o genera una obra derivada, sólo puede distribuir la obra generada bajo una licencia idéntica a ésta.

Entendiendo que:

- * **Renuncia** — Alguna de estas condiciones puede no aplicarse si se obtiene el permiso del titular de los derechos de autor
- * **Dominio Público** — Cuando la obra o alguno de sus elementos se halle en el dominio público según la ley vigente aplicable, esta situación no quedará afectada por la licencia.
- * **Otros derechos** — Los derechos siguientes no quedan afectados por la licencia de ninguna manera:
 - Los derechos derivados de usos legítimos u otras limitaciones reconocidas por ley no se ven afectados por lo anterior.
 - Los derechos morales del autor;
 - Derechos que pueden ostentar otras personas sobre la propia obra o su uso, como por ejemplo derechos de imagen o de privacidad.
- * **Aviso** — Al reutilizar o distribuir la obra, tiene que dejar muy en claro los términos de la licencia de esta obra.

Primera edición: 1000 ejemplares.

Mayo de 2020

Título:

La Internacional Feminista. Luchas en los territorios
y contra el neoliberalismo

Autor:

Verónica Gago, Marta Malo y Luci Cavallero (eds.)

Maquetación y diseño de cubierta:

Traficantes de Sueños.

Edición:

Traficantes de Sueños

C/ Duque de Alba, 13

28012 Madrid.

Tlf: 915320928

e-mail:editorial@traficantes.net

ISBN: 978-84-121259-5-5

Depósito legal: M-7827-2020

La Internacional Feminista

**Luchas en los territorios y
contra el neoliberalismo**

Verónica Gago, Marta Malo
y Luci Cavallero (eds.)



Índice

1. La Internacional Feminista. Luchas en los territorios y contra el neoliberalismo
Verónica Gago y Marta Malo 9
 2. Las jornaleras marroquíes de la fresa. Feminismo antirracista o barbarie
Pastora Filigrana 23
 3. De las finanzas a los cuerpos. ¡Vivas, libres y desendeudadas nos queremos!
Luci Cavallero 37
 4. Del punto cero al futuro: Luchas por vivienda y apuntes para una gramática feminista de organización
Helena Silvestre 51
 5. Apuntes para un feminismo antirracista después de las caravanas de migrantes
Amarela Varela Huerta 67
 6. Nuestras luces en la penumbra: potencia feminista y urgencias destituyentes
Alondra Carrillo Vidal y Javiera Manzi Araneda 83
 7. Tejiendo caminos: del paro nacional al Parlamento Plurinacional y Popular de Mujeres y Organizaciones Feministas del Ecuador
Kruskaya Hidalgo Cordero, Alejandra Santillana Ortiz y Belén Valencia Castro 97
- Sobre las autoras 111

1. La Internacional Feminista.

Luchas en los territorios y contra el neoliberalismo

Verónica Gago y Marta Malo

Una nueva época del movimiento feminista ya se ha instalado. Estamos viviendo *en* ella. La organización de las huelgas internacionales de mujeres, lesbianas, trans y travestis desde 2017 han marcado un umbral en la escala de la movilización, en la conceptualización y en la constelación de luchas que se presentan como feministas. Es esta triple dimensión del movimiento (multiplicidad de luchas, escala geográfica y gramática común) la que ha producido diagnósticos y prácticas concretas contra los modos depredadores del capitalismo patriarcal y colonial en su fase actual con enorme eficacia política.

La huelga ha sido efectiva para convocar una serie de conflictos y nutrir revueltas que la han convertido en un proceso político de larga duración. Lo que vemos como características sobresalientes de este ciclo feminista es la amalgama de masividad y radicalidad. Se trata de dos características que no siempre son aliadas ni que suceden en simultáneo y que el movimiento feminista ha logrado componer. Esa fuerza es también lo que explica la virulencia de la contra-ofensiva militar, económica y de los fundamentalismos religiosos, que en estos últimos tiempos han respondido a los feminismos, como capacidad concreta de poner en crisis simultáneamente una división sexual del trabajo aún más dura en la

precariedad, los mandatos de género que la estructuran y las respuestas reaccionarias a la inseguridad laboral y existencial.

Nuevo internacionalismo

<10>

La marea feminista (no secuenciable en olas, que responden a una cronología y una temporalidad restringida a Europa) ha revuelto las geografías y los modos de hacer feminismos, de nombrar la rebelión aquí y allá, y de modificar los criterios que dicen cuáles son las prácticas de desacato que importan y cuentan como tales. En este sentido, lo ha revuelto todo, también los modos de historizar y hacer genealogías, con una radical impronta anticolonial. Las metáforas acuáticas, sin embargo, plantean un parentesco raro, interesante. En ese envión, el «sueño irónico de un lenguaje común» —la lengua de los manifiestos, a la que apeló Donna Haraway hace tiempo— encuentra una nueva vitalidad hecha de situaciones concretas, de escenas cotidianas y de enormes movilizaciones que trazan una novedosa cartografía internacionalista.

Efectivamente, un modo de constatar y delinear la mutación y la importancia del movimiento feminista actual es que, en toda su heterogeneidad, ha tejido (y sigue haciéndolo) un plano global de intervención, resonancias y coordinaciones. Estamos hablando de un transnacionalismo que es ya existente. No se trata de un programa a futuro, a diseñar y construir como paso evolutivo del movimiento, sino una dimensión que está presente desde el primer momento y se va haciendo más tupida y rica por impulsos sucesivos. Lo transnacional, podría decirse, es un modo de existencia del feminismo,

tal y como viene expresándose desde que el grito de «Ni Una Menos» y el llamado a la huelga feminista empezaron a replicarse viralmente sin atender a fronteras nacionales.

¿De qué manera se construye y logra consistencia este nuevo internacionalismo? ¿Con qué historias se enhebra y a cuáles reinventa? ¿En qué radica su fuerza? Queremos proponer algunos rasgos al calor de esas preguntas.

<11>

1, Se trata de un internacionalismo impulsado desde los sures, especialmente desde América Latina, renombrada como Abya Ayala. Es un internacionalismo que desafía tanto la imaginación geográfica como la organizativa, porque está impregnado de circuitos transfronterizos de las trabajadoras migrantes, de las experiencias comunitarias que han desobedecido históricamente a los Estados nación y que hoy enfrentan la recolonización del continente y de los espacios domésticos que se resisten a su encierro y a su explotación silenciosa. Así es que encuentra inspiración en las luchas autónomas de Rojava y en las comunitarias de Guatemala, en las estudiantes endeudadas de Chile y en las trabajadoras «uberizadas» de Ecuador, en las campesinas del Paraguay y en las afrocolombianas del Cauca, pero también en quienes resisten el fascismo en Turquía, India y Argelia. Sin embargo, lo que nos interesa remarcar, más que países, son los territorios en los que crece: son territorios históricamente no considerados como transnacionales y paradójicamente tampoco contabilizados como productivos en las cuentas nacionales. Nos referimos a los territorios domésticos, a los territorios indígenas, campesinos y comunitarios y a los territorios del

trabajo precario, popular y callejero. En ese sentido, sur no es solo una serie de países, sino una serie de territorialidades que mayoritariamente están en los sures del planeta pero que también han migrado a otras regiones. Por eso este modo de feminismo transnacional acontece también en la alianza entre las «temporeras» de la frutilla, trabajadoras marroquíes en la agroindustria intensiva, y los sindicatos del campo andaluz, como lo cuenta en este libro Pastora Filigrana.

<12>

2. Este internacionalismo le da al movimiento feminista actual una proyección de masas, porque produce formas de coordinación que se convierten en citas y encuentros a lo largo y ancho del planeta, haciendo reverberar maneras organizativas, consignas comunes y formas de protesta. Vemos un doble movimiento. Por un lado, organización molecular. No se trata de un espontaneísmo ni de un acontecimentalismo: dos nociones con las que se suele remarcar lo efímero y desarticulado de un movimiento. Lo que sucede, por el contrario, es la puesta en colaboración, coordinación y organización de tramas muy diversas, en escalas muy distintas. Por otro, convergencias de masas. Las huelgas feministas, como sabemos, son impensables sin un trabajo muy paciente de asambleas, reuniones y elaboraciones programáticas. Pero, además, los dispositivos asamblearios de organización feminista se trasladan a los sindicatos, a las colectivas de arte, a las organizaciones migrantes, e incluso desafían la estructura de los partidos políticos en su vida cotidiana. Así, la huelga como proceso político, a la vez que da un horizonte común de organización, de investigación práctica sobre las formas de vida y de

explotación en territorios concretos, habilita una multiplicación de la forma asamblearia *en continuo*, que se hace transversal a los distintos espacios, y produce un modo singular de leer los conflictos. En esta verdadera máquina de problematización (¿cuál es tu huelga?, ¿cuál es tu lucha?, ¿qué hacemos?, ¿qué *no* hacemos?) se elabora una inédita comunicación por gritos de guerra, cantos y acciones que se vuelven «contraseñas» tácticas, que son apropiadas, replicadas y reinventadas aquí y allá. De este modo, el transnacionalismo feminista se prolonga, logra duración y permite pensar su resonancia en situaciones que a primera vista parecen no vinculadas. Por ejemplo, la caravana migrante de la que habla Amarela Varela en este libro contiene, tanto en las prácticas que aglutina como en la perspectiva implicada desde la que Amarela se acerca, un proceso que es de diagnóstico feminista sobre las formas del trabajo, contra la victimización como única posición subjetiva y sobre la violencia como fuerza productiva.

<13>

3. Vemos funcionar así un internacionalismo que opera por conexión de luchas heterogéneas que sistematizan un diagnóstico y una confrontación común. Las luchas no se reconocen entre sí por adscripción a una estructura «mayor» o «externa». El transnacionalismo que está proliferando es un *método de conexión* que ha logrado vincular las violencias machistas con los despojos de los emprendimientos neoextractivos que expropian tierras comunales, con la militarización de las ciudades y con la avanzada de las iglesias como moralización de las vidas desobedientes. Pero también es un método político que ha desafiado el plano *global* de

las finanzas al trazar el vínculo entre esas violencias machistas y la explotación financiera a través de la deuda privada y el empobrecimiento generalizado por los planes de ajuste, como explica Luci Cavallero para dar cuenta de la densidad del grito feminista ¡Vivas, libres y desendeudadas nos queremos! La dimensión transnacional no es una exigencia de abstracción de las luchas a favor de tener una única estrategia (lo que replicaría en cierto modo la lógica de abstracción de las finanzas), sino la coordinación de una fuerza que transmite maneras de comprender, que se contagia por imágenes, que acumula prácticas y que organiza una sensibilidad común para lo que vivenciamos y entendemos por explotación, por violencia, por neoliberalismo, por racismo. El plano global que experimentamos no es, entonces, la síntesis lejana que nos obliga a «saltar» de nuestras luchas a una coordinación más allá, sino que cualifica cada situación concreta. Constatamos un transnacionalismo que hace cada lucha más rica y compleja sin pagar el precio de abandonar su arraigo; que la hace más cosmopolita, sin ceder a la desterritorialización que nos despoja de proximidad. Este modo de conectar crea una ubicuidad práctica: esa sensación que se expresa cuando gritamos «¡estamos en todos lados!». La ubicuidad del movimiento es la verdadera fuerza. La que imprime una dinámica organizativa en cada espacio que repercute en los otros, anudando escalas que van desde pequeñas reuniones de cinco personas a manifestaciones masivas, de asambleas de barrio recurrentes a colectivos que se juntan en una acción puntual.

El modo en el que la performance del colectivo chileno #LasTesis ha circulado en los más variados contextos constituye un ejemplo claro de este

internacionalismo feminista no supraestructural, sino que opera por conexión y transversalidad de luchas y sensibilidades. Un guión sencillo, a la vez texto, ritmo y movimiento, que señala la imbricación de mandato de género, violencia sexual, violencia estatal e instituciones patriarcales, viaja a gran velocidad, como imagen incorporable y versionable en los más variados contextos, capaz de hablar a la singularidad de la situación local (la represión estatal en Chile y Ecuador, la violencia de la explotación laboral para las limpiadoras en México o para las empleadas de hogar en Madrid, la lucha por la autodeterminación en Rojava y contra el fascismo del gobierno en Brasil) y, al mismo tiempo, producir internacionalismo desde los cuerpos, porque ¡si tocan a una, tocan a todas! Si esto es posible, no es solo por lo poderoso de la propuesta, sino por la existencia en un sinnúmero de puntos del planeta de *tramas vinculares a la escucha*, capaces y disponibles para activarse ante lo que otras lanzan. Campañas como #cuéntalo, donde miles de mujeres empezaron a narrar en las redes sociales sus historias de violencia y abuso sexual, construyendo punto a punto una memoria colectiva de la violencia patriarcal, son un antecedente. Sin embargo, la performance de #LasTesis sale de la superficie digital para hacerse cuerpo común en una multiplicidad de espacios y hacerlo como voz colectiva. Ya no es solo texto que escribimos entre todas, sino performatividad compartida que rompe con la sumisión de género, con toda victimización, y se hace presencia tanto como mensaje, en lo que podría llamarse una manifestación global por relevos no planificada pero que, de hecho, se sigue prolongando.

4. Este transnacionalismo tiene entonces una dimensión programática: conjuga de manera novedosa los aspectos «reivindicativos» y revolucionarios. Ambas dinámicas no se experimentan como contrapuestas o solo en disyunción (la clásica oposición reforma *versus* revolución). Vemos un feminismo de masas que excede (sin excluir) las agendas, la composición y los formatos de las leyes y entidades que venían haciendo «política de género» a la vez que les pone nuevas exigencias y las radicaliza. Es un feminismo de masas que no teme hablar de revolución, no como teleología sino como acto de insubordinación presente y en todos lados: en las calles, en las casas, en las camas. Se resiste a ser arrinconado a los temas «de mujeres» o «de minorías», como algo eternamente lateral y, por lo tanto, aplazable. Ensancha, golpe a golpe y gesto a gesto, lo que puede pelearse y discutirse desde los feminismos. Sostiene espacios comunales y forja una nueva gramática organizativa desde las mujeres de las favelas y sin-techo contra la urbanización racista, clasista, depredadora, como cuenta Helena Silvestre en este volumen en referencia a la experiencia en Brasil. Interviene en coyunturas altamente complejas (pensemos el paro en Ecuador, o en el terrorismo de Estado a manos del gobierno de Chile; en los debates extractivistas en Bolivia y en Argentina; en la denuncia de las violencias gubernamentales que hacen las feministas en Nicaragua y Guatemala; en el debate sobre el endeudamiento doméstico en Puerto Rico y en España; en la caracterización de la precariedad en Italia y en Francia), logrando denunciar y visibilizar con eficacia los escenarios más duros de la represión estatal y complejizando el debate sobre deuda, desarrollo e inclusión en la «normalidad» neoliberal. En este sentido,

nos parece que es evidente el modo en que la persistencia feminista de estos años ha reconfigurado el antagonismo político.

Transversalidad feminista

El transnacionalismo feminista no solo se expresa en el momento de movilización global, sino que se vuelve «operativo» en los procesos políticos que a primera vista parecen «locales» o «domésticos». Y esto es porque hemos roto esa distinción política, espacial y epistémica donde lo doméstico es lo privado de autoridad política y de proyección planetaria. Creemos que esto se evidencia claramente en los textos de este libro. En la analítica feminista de la deuda y su conversión en clave de movilización, en la perspectiva sobre la migración como secuencia de luchas vitales en contextos de triple violencia (estatal, de mercado y machista), en la ocupación de tierras urbanas y suburbanas como disputa y producción de lo común y en la reinención feminista de la lucha sindical a partir de nuevos conflictos laborales se «intersectan» escalas y formas de conflictividad que multiplican los feminismos desde situaciones concretas, configurando un mapeo transversal.

Hay, en cada una de estas realidades, un aliento feminista, alimentado transnacionalmente, que habilita formas de comprensión de lo que se juega ahí, al mismo tiempo que permite inscribir estos territorios en la disputa cuerpo a cuerpo con las fronteras de valorización del capital. De esta suerte, a partir de la integración de multiplicidad de conflictos, la dimensión de masas queda redefinida desde prácticas y luchas que han sido históricamente tildadas de «minoritarias». Con esto, la

oposición entre minoritario y mayoritario se desplaza: lo minoritario toma escala de masas como vector de radicalización dentro de una composición que no para de expandirse. Se desafía así la maquinaria neoliberal de reconocimiento de minorías y de pacificación de la diferencia. Esta transversalidad política se nutre desde los diversos territorios en conflicto y construye una afectación común para problemas que tienden a vivirse como individuales y un diagnóstico político para las violencias que tienden a ser encapsuladas como domésticas. Esto complejiza cierta idea de solidaridad, aquella que lleva implícito un grado de exterioridad ratificador de la distancia respecto de otr*s. La transversalidad, por el contrario, prioriza una política de construcción de proximidad y alianzas sin desconocer las diferencias históricas de intensidad en los conflictos.

En esta transversalidad con la que se sale una y otra vez de los temas y agendas asignados y se desborda para conectar aquello que se quiere mantener compartimentado, el movimiento feminista en toda su heterogeneidad se reapropia de manera novedosa de la totalidad: consignas como «vamos por todo» o «queremos cambiarlo todo», son una manera de redefinir de qué está hecho ese «todo» que no se sintetiza en el poder del Estado, aunque no se desestime la posibilidad de dirigir al Estado demandas puntuales e, incluso, de disputar sus recursos. Con su manía de «mezclarlo todo», el feminismo está siendo capaz de producir diagnóstico práctico sobre la «complejidad» del capitalismo patriarcal y colonial contemporáneo desde cada lugar concreto. Se visibiliza así la complejidad de la explotación y el dominio de un modo que no redunde en impotencia o cinismo, sino que evidencia y

difunde las articulaciones subjetivas y cotidianas como factor estratégico para enfrentar las lógicas de acumulación violenta de capital. Esto es: el movimiento feminista ha actualizado, en una pedagogía feminista popular, la relación orgánica entre violencia contra las mujeres y cuerpos feminizados y acumulación de capital, y lo ha hecho desde una práctica de insubordinación (no solo como análisis teórico).

Al mismo tiempo, ha dado un nuevo giro a la pregunta por los medios de producción: ¿qué significa reapropiarse de ellos, si hoy los medios de producción son, en buena medida, los medios de reproducción? Los cuerpos y los territorios, los cuerpos-territorio, como espacios generadores de vida, memoria, vínculo, la lucha por su autodeterminación, se convierten en una cuestión central. Defender la vida, aquí, ya no es defender una vida desnuda, pura determinación biológica, que nuestros corazones sigan latiendo a cualquier precio, sino defender formas de vida, como ensamblajes colectivos concretos, que reclaman para sí los medios para (re)producirse. Así, en las batallas en cada frontera de la penetración neoliberal, atravesadas de feminismo (desde la deuda doméstica a la precarización, desde el neo-extractivismo y sus «zonas de sacrificio» a la militarización, desde la criminalización de la frontera a la producción de «enemig*s intern*s») se pone en juego la cuestión de la propiedad y se produce un antagonismo político a partir de la revolución feminista.

En los últimos meses, esta capacidad del movimiento feminista transnacional para reconfigurar el antagonismo político ha tenido una nueva vuelta. En Chile, hemos visto la puesta en acto de las consignas y prácticas de la huelga feminista en

proyección de masas como huelga general plurinacional durante octubre y noviembre de 2019. Es un acumulado de experiencia que ha logrado cambiar la textura de las luchas, sus maneras organizativas, sus fórmulas políticas, sus alianzas históricas. Lo vemos expresado en las paredes. Tomemos dos ejemplos de consignas-contraseñas: «Nos deben una vida», como síntesis para invertir la deuda, el quién debe a quién, escrito en los bancos del país de los Chicago Boys, con el mayor índice de endeudamiento per cápita de la región. Frente al aumento de coste de la vida cotidiana, es decir, frente a la extracción de valor de cada momento de la reproducción social, se plantea una desobediencia financiera con la consigna-práctica #EvasiónMasiva. Segundo ejemplo de graffiti-síntesis: «Paco, fascista, tu hija es feminista», apunta a la desestabilización patriarcal profunda a la que responde el fascismo de nuestros días, a su filigrana a la vez micropolítica y estructural. Pero también sucede con el paro de octubre de 2019 en Ecuador: la dimensión reproductiva de la huelga no solo se hace presente al sostener instancias enormes de acopio de comida y de acogida de las comunidades que llegan a la capital desde todo el país, sino también como forma central a la hora de estructurar la organización de la medida de fuerza, de pensar la eficacia de las marchas, de incrementar las defensas contra la represión, además de que la discusión del aborto cruza como nunca antes las asambleas plurinacionales y, en particular, se instala en complicidad con la agenda indígena. Vemos, en cada uno de estos contextos, una presencia del movimiento feminista en otros procesos de lucha y movilización, que se realiza tanto en términos prácticos como epistémicos, políticos y sensibles.

Sabemos que, desde la crisis de 2008, el neoliberalismo, para sostener sus modos de explotación, para contener la implosión social en cada territorio, ha necesitado de una alianza cada vez más férrea con el fascismo y formas varias de fundamentalismo religioso, en particular para reordenar la re-producción social en términos capitalistas, recolocar un mandato de género en crisis y retrazar las líneas entre lo humano y lo categorizado como menos-que-humano (femenizado, racializado, naturalizado) que sostiene la necropolítica. Muchos análisis vaticinaban ya un cierre duradero, con el triunfo electoral de sendos gobiernos ultraconservadores en todo el planeta y con el avance del fascismo social en el plano micropolítico. El feminismo transnacional ha aparecido como actor inesperado en la mesa o, mejor dicho, pateando la mesa del pacto capitalista patriarcal. Se ha presentado para reabrir lo que parecía clausurarse y lo ha hecho de nuevo con esa mezcla de radicalidad y masividad, de fuerza internacionalista y operatividad local, de conectividad y arraigo, de totalidad y singularidad que hemos tratado de describir en estas líneas. Algunas voces han intentado un llamado al orden a estos transfeminismos desbocados e irreverentes, invitándolos a volver a las casillas delimitadas de los «temas de mujeres», deslindadas de lo económico, lo sindical, lo financiero, lo ecológico. Lo que se juega hoy en las disputas por los sentidos del feminismo no es la división de un movimiento que por otro lado siempre fue múltiple y poliédrico. Se juega la capacidad de incidir en el punto de sutura entre neoliberalismo y fascismo. Se juega la potencia feminista misma que, como hemos visto, se cifra en su desbordamiento permanente, en su deseo de cambiarlo todo.

2. Las jornaleras marroquíes de la fresa.

Feminismo antirracista o barbarie

Pastora Filigrana

Hagamos un pequeño viaje en el tiempo, al momento más álgido de las movilizaciones feministas en el Estado español.

Desde septiembre de 2017, asambleas feministas se reúnen cada día 8 de mes para preparar lo que será la primera huelga feminista del territorio. Ese mismo otoño, las calles se inundan durante el juicio por violación múltiple a «La Manada»: el proceso se está convirtiendo una vez más en un enjuiciamiento a la chica violada y no a los violadores. La convocatoria se hace viral y en redes y plazas se grita: «Yo te creo» y «Escucha, hermana, aquí está tu manada». Sucederá otra vez cuando, en abril, se anuncie la sentencia que condena solo por «abuso», y no violación, e incluye un voto particular donde un magistrado se atreve a decir que hubo disfrute de todas las partes.¹

¹ En la madrugada del 7 de junio de 2016, durante las fiestas de San Fermín de la ciudad de Pamplona/Iruña, un grupo de cinco hombres, entre ellos un Guardia Civil y un militar de la Unidad Militar de Emergencias, viola a una joven de 18 años en un portal y comparte las grabaciones de la violación en un grupo de WhatsApp llamado «La Manada». El juicio, celebrado en otoño de 2017, tiene una fuerte cobertura mediática. Dos tribunales de Navarra (Audiencia Provincial y Tribunal Superior de Navarra) dictan condena por abuso sexual y dejan en libertad bajo fianza a los acusados, hasta que el Tribunal Supremo revisa el caso y les condena por violación el 21 de junio de 2019. Las movilizaciones feministas, en las redes y en las calles, marcaron todo el procedimiento.

Las calles parecen teñidas de morado feminista: un feminismo capilar que reacciona como un solo cuerpo contra la violencia machista. Algo parecido se pudo ver en la huelga feminista convocada para el 8 de marzo, no tanto en los puestos de trabajo, pero sí en el espacio público. Ciudades tomadas por una nueva rebeldía. En esa atmósfera, salta a los medios de comunicación la denuncia por abusos sexuales que presentan varias temporeras de la fresa de Huelva. Algunos colectivos convocan a una concentración. Sin embargo, la respuesta no es en absoluto la misma: ni en número, ni en intensidad. ¿Qué ha pasado? ¿Ese cuerpo que gritaba «si tocan a una, nos tocan a todas» no era exactamente uno? Los debates se encienden. Hay quienes acusan: el feminismo que se organiza en torno al 8 de marzo y que se expresó también en las manifestaciones contra La Manada es racista.

<24>

Indaguemos un poco más en esta maraña. Las temporeras marroquíes de la recolección de la fresa de Huelva son el ejemplo encarnado de las violencias que necesita entrecruzar el neoliberalismo económico para sostenerse y reproducirse. Hablo de la violencia del chantaje de la renta a cambio de trabajo, de cómo el racismo y el patriarcado allanan el camino para que esa violencia se ejerza. Alguna vez ya dije que la comarca fresera de Huelva es un laboratorio donde podemos ver cómo funciona este sistema que entrecruza la violencia capitalista, el patriarcado, el racismo y la sobreexplotación de la tierra y los recursos naturales.² Todas las vertientes del sistema-mundo neoliberal en una sola comarca.

² Pastora Filigrana García. «El Laboratorio Neoliberal de la Fresa de Huelva, Revista *El Topo Tabernario*, 2019, disponible en <http://eltopo.org/el-laboratorio-neoliberal-de-la-fresa-de-huelva/>

La recolección del fruto rojo en un modelo de explotación intensiva como el de Huelva necesita miles de brazos durante tres meses. En otros tipos de explotaciones agrarias, como el cereal o el olivo, hace tiempo que la maquinización del campo ha sustituido a las manos para la recolección. Pero con la fresa, y los frutos rojos en general, no se puede. La única manera de abaratar costes y aumentar los beneficios de la patronal es recortando todo lo posible en salarios.

<25>

Quizás la palabra interseccionalidad esté muy manida y haya sido apropiada por el discurso hegemónico. Quizás tengamos que inventar una palabra nueva. Pero no encuentro una mejor para describir lo que quiero contar. La cuestión es que, para ahorrar en salarios, hay que recurrir a la fuerza de trabajo más barata que ofrezca el mercado. Y ese trabajo barato lo ponen las mujeres y, de entre ellas, las que menos posibilidades de elección tienen, o sea, las más pobres. Y las más pobres según el sistema de ordenación colonial y racista del neoliberalismo, son las mujeres racializadas con hijos o familiares a su cargo que habitan el Sur Global.

Esto que he escrito no es una consigna: es una realidad viva, tocable y visible en la comarca fresera de Huelva. Los salarios de la población autóctona masculina son mayores, porque tienen posibilidades de empleo mejores en la hostelería o en la construcción. Las mujeres autóctonas también están en mejores condiciones, porque no se ven constreñidas por las leyes de extranjería, que limitan el mercado laboral migrante a los puestos de «difícil cobertura», es decir, aquellos en tan malas condiciones que nadie con un mínimo de red y arraigo acepta. Las labores agrícolas figuran desde hace tiempo en

la lista de la «difícil cobertura». La agricultura es también una tarea donde hay cierta permisividad para el trabajo sin «papeles» en condición de clandestinidad. Todo ello asegura que los productores dispongan de una mano de obra cautiva, porque no tiene otras alternativas. Cautiva significa más explotable, más extorsionable.

<26> A partir del año 2000, esta mano de obra se deja, además, de seleccionar entre las personas inmigrantes que están ya en territorio español, pasando a contratarse directamente en origen, durante las temporadas de recogida, con obligación de retorno cuando la temporada acabe. En aquel momento, la patronal de la fresa impone un requisito claro: las personas contratadas tienen que ser mujeres. La justificación discursiva es que las mujeres son más delicadas en esta tarea agrícola de recolección del fruto rojo y además son menos «conflictivas» en la convivencia. Detrás de este discurso, sin duda, hay una concepción machista que entiende que las mujeres migrantes van a suponer menor conflictividad sindical.

En un primer momento, los contingentes de mujeres extranjeras se van a buscar a los países de Europa del este. Sin embargo, la patronal no está satisfecha con estas trabajadoras. Se quejan de su «exceso de autonomía»: «salen de noche», «beben alcohol», «no quieren volver a su país cuando acaba la campaña», «se echan novios españoles». El discurso popular es que estas mujeres han «roto matrimonios» en la zona y que buscan maridos españoles para quedarse. La solución que se encuentra son los contingentes de trabajadoras marroquíes, que tienen familia en su país de origen, al menos un hijo menor, y están casadas o viudas.

Opera aquí una clasificación cultural de conflictividades cargada de estereotipos a la vez racistas y machistas. En el imaginario de la patronal, las mujeres marroquíes tienen un plus de docilidad. «Son musulmanas», «no van a discotecas, ni beben», «tienen un profundo respeto por su familia de origen», por ende, este es el subtexto, van a soportar situaciones más arduas a cambio de no perder la aceptación de su familia. Este «plus» queda remachado por la posición de madres y esposas/viudas de las mujeres seleccionadas, donde, al contrato laboral, se suma el contrato sexual marital para garantizar obediencia.

<27>

Además, en la escala de valoración estética y sexual hegemónica, las mujeres marroquíes se encuentran más alejadas del arquetipo blanco y rubio: su presencia no amenaza la jerarquía racial autóctona, como sí parece hacerlo la de las trabajadoras de Europa del este. Y esa jerarquía es necesaria para la explotación laboral.

Parece haber una contradicción entre la denuncia de la autonomía sexual de las jornaleras venidas del este de Europa, que lleva a buscar mujeres supuestamente menos disponibles para el encuentro sexual en Marruecos, y la constatación de que hay patronos del campo onubense implicados en abusos sexuales contra jornaleras marroquíes. Es necesario tener una idea global del contexto para entender cómo se entrelazan de modo preciso la explotación laboral y el acoso sexual en la región.

Los empresarios, antes de que comience la campaña de recolección, hacen llegar al gobierno las necesidades de mano de obra de sus empresas, así como las características que necesitan

que cumplan estas trabajadoras.³ Estas peticiones, a través del Ministerio de Trabajo Español, son remitidas al Ministerio homólogo en Marruecos y es la ANAPEC, la agencia pública de colocación marroquí, la que debe encargarse de la selección. La realidad es que muchos de los empresarios freseros se trasladan a Marruecos a *presenciar* la selección. Las asociaciones de mujeres marroquíes narran que en muchos casos la forma de selección tiene connotaciones humillantes. Se realiza en plazas públicas de los pueblos donde las mujeres permanecen de pie durante horas y son elegidas a dedo por los empresarios.

<28>

Las mujeres van llegando a Huelva de forma escalonada entre febrero y marzo, según las necesidades de cada empresa. Una vez allí se alojan en las fincas donde trabajan. Las fincas son lugares aislados, a varios kilómetros de los centros urbanos y con difícil acceso. Muchos testimonios de trabajadoras narran situaciones de semicautevrio, es decir, una vez terminada la jornada laboral, no tienen libertad deambulatoria para salir de las fincas. Los días de salida están regulados por las empresas y es muy común que estas salidas sean tuteladas por los encargados de las fincas, quienes las acompañan a los lugares públicos de los pueblos cercanos. Así mismo, muchos testimonios cuentan que los pasaportes les son retirados en el momento de llegar a las fincas, y solo les son devueltos al finalizar la campaña, en el momento del retorno.

3 Como ya hemos mencionado, las principales características requeridas tienen un sesgo claramente patriarcal: tener entre 18 y 45 años, acreditar experiencia en el trabajo agrícola, estar casadas, divorciadas o viudas y tener al menos un hijo menor de edad a su cargo.

Desconocemos la magnitud de estas situaciones y si son más o menos generalizadas; al ser propiedad privada, el acceso a las fincas está limitado para las ONG y sindicatos que trabajamos en el terreno. La invisibilización es la norma. Esta situación de oscurantismo es el caldo de cultivo perfecto para que se originen todo tipo de abusos, con un altísimo margen de impunidad. El incumplimiento del convenio respecto al descanso y el salario, el cobro de la vivienda a pesar de que esta debe correr a cargo de la empresa y las limitaciones a la movilidad son las principales quejas que nos han llegado durante años. Las denuncias por abusos sexuales han sido más limitadas y mucho más difíciles de acreditar, aunque antes de las denuncias que saltaron a la prensa en 2018, se pronunciaron ya alarmantes sentencias condenatorias por acoso sexual a algunos encargados de las fincas.⁴ No sabemos la dimensión exacta de estas violencias sexuales, pero sí de todo aquello que permite su proliferación de manera impune.

<29>

Cuando desde las Administraciones competentes se anima a las mujeres a denunciar este tipo de abuso se está pidiendo algo muy difícil. Están pidiendo que una trabajadora que sufre una situación de abuso sexual salga de la finca, camine varios kilómetros por una carretera hasta el pueblo más cercano, se dirija a un cuartel de la Guardia Civil e

⁴ En 2014, la Audiencia Provincial de Huelva condenó a dos empleadores por delitos contra la integridad moral y un delito de acoso sexual contra 25 jornaleras extranjeras. Esta sola situación debería haber sido suficiente para que se propiciaran garantías para estas mujeres que se desplazan hasta Huelva desde Marruecos, sin embargo no fue así. Si para la inmensa mayoría de trabajadoras, por más cualificadas que sean sus profesiones, las situaciones de acoso o abuso sexual en el ámbito laboral son difícilmente denunciables y acreditables en tribunales, imaginemos la dificultad en este tipo de contexto.

<30>

interponga una denuncia. Todo esto, muy posiblemente, sin conocer el idioma ni el camino al pueblo, y sin contar con redes familiares o de amistad en el territorio. Ha de tenerse en cuenta que muchas mujeres relatan que la ordenación del trabajo en las fincas se hace a través de una estricta segregación racial. Los encargados forman las cuadrillas de trabajadoras por nacionalidades. Marroquíes, autóctonas o rumanas no se mezclan. Se practica, pues, un «divide y vencerás» que impide la creación de las redes de apoyo mutuo y solidaridad que podrían equilibrar la correlación de fuerzas entre la empresa y las trabajadoras en caso de vulneraciones de derechos.

Los pasos dados y los protocolos activados desde que las denuncias de abusos sexuales saltaron a la luz pública en 2018 comparten este mismo tipo de miopía. Se aplica un esquema de lucha contra la violencia machista que obvia el contexto donde esta violencia se despliega, obvia su entrecruzamiento con otras violencias. Programas de sensibilización de género para encargados de las fincas que tienen prácticas sistemáticas de abuso y extorsión contra ellas, teléfonos de atención de los que las trabajadoras no tienen conocimiento o, en el *sumun* del absurdo, competencias de investigación y resolución en casos de abuso sexual en manos de las propias empresas, cuando tanto los testimonios de las mujeres como las sentencias condenatorias señalan la implicación directa de los empleadores en estas situaciones.

Desde el año 2004, el Sindicato Andaluz de Trabajadores, entonces aún Sindicato Obrero del Campo, ha llevado a cabo tareas de información a los jornaleros y jornaleras durante la campaña

de recolección del fruto rojo en Huelva. Se trata de un trabajo básico de acción sindical. Durante años hemos realizado esta labor en coordinación con otros colectivos y sindicatos agrupados en la Mesa del Temporero de Huelva, una red informal de entidades que trabajan en la zona con voluntad de denuncia pública. Los recursos y la capacidad de acción del sindicato han sido limitados, pues se trata de un sindicato minoritario que cuenta con una financiación en gran parte autogestionada a través de las cuotas de la afiliación. La conflictividad sindical en la zona es muy reducida y los sindicatos mayoritarios mantienen un perfil de intervención bajo. La explotación agrícola del fruto rojo es el principal motor económico de la comarca, lo que supone un factor importante de contención social a las protestas sindicales. Las y los sindicalistas del SAT han padecido todo tipo de impedimentos para desarrollar la labor sindical. Las trabajadoras suelen acudir a los lugares públicos acompañadas por encargados de la fincas, por lo que la interlocución con sindicalistas, o simplemente coger una octavilla, se dificulta. Existe una fuerte connivencia social con la patronal fresera; realmente supone un peligro posicionarse abiertamente en contra de ella.

<31>

En 2018, el SAT juega un papel clave en las denuncias de abusos sexuales de las trabajadoras marroquíes. Las mujeres de la finca denunciada logran contactar vía telefónica con las sindicalistas del SAT que actúan en la zona: las condiciones de trabajo y vivienda se les han hecho insostenibles. Cuando las sindicalistas logran visitar la finca, encuentran a un grupo de trescientas mujeres desesperadas. Se decide conjuntamente emprender una acción de denuncia pública. La respuesta de la

empresa es la rescisión inmediata de los contratos de trabajo y el retorno forzado de las trabajadoras. Un grupo de ellas logra escapar y busca apoyo en el SAT, que provee la logística de cuidados necesaria durante unos meses para que puedan emprender las acciones legales. Este tipo de denuncia pública y judicial hubiera sido muy difícil si las trabajadoras hubieran seguido trabajando para la empresa y habitando en la misma finca, también si no hubieran logrado escapar a la deportación.⁵

<32>

La visibilidad que cobra la noticia es una enorme sorpresa para quienes llevamos más de una década denunciando la vulneración de derechos fundamentales en torno a la explotación de la fresa en Huelva. De repente, las televisiones nos llaman; llegamos a organizar una manifestación histórica de más de mil personas en un contexto donde posicionarse en contra de la patronal fresera es jugar con «el comer» de cientos de miles de personas.

Sin lugar a dudas la movilización feminista contra las violencias machistas es el contexto que lo permite. También es fácil señalar las razones de que las movilizaciones en defensa de estas jornaleras no supongan ni un 5 % de la movilización en torno al caso de *La Manada*. A las mujeres que vivimos en Occidente y somos sujetos de plenos derechos nos resulta más fácil empatizar con una estudiante de Madrid que ha sido víctima de una violación

5 A partir de las denuncias por abuso sexual, la Fiscalía abrió una investigación que acabó archivada en el juzgado de instrucción por falta de indicios de delito, sin que las mujeres afectadas fueran ni siquiera llamadas a declarar. Tras el recurso del equipo de abogados que se encargó de la acusación, la Audiencia Provincial de Huelva reabrió el caso, obligando al juzgado de instrucción a continuar con la investigación. En el momento en que se escribe este artículo la causa aún continúa abierta.

múltiple que con las violencias que sufre una jornalera marroquí en una finca de la comarca de Huelva o una mujer nigeriana víctima de una red de prostitución en cualquier polígono industrial del Estado español. La estudiante podríamos ser cualquiera de nosotras. Las otras son las «otras».

Hay una gran distancia social entre la mayoría de las activistas feministas y las mujeres inmigrantes en general. En las asambleas y en los grupos políticos se habla de antirracismo y de inmigración, pero siento que a veces se vive como una realidad que sucede en otro mundo paralelo que poco se mezcla con el nuestro. Rara vez en nuestra vida afectiva y social existen personas como las jornaleras marroquíes. Existen excepciones, como las luchas por los derechos de las trabajadoras del servicio doméstico, donde en determinados espacios han podido consolidarse redes políticas y afectivas de mujeres muy diversas. Donde una investigadora de la universidad madrileña y una trabajadora del servicio doméstico ecuatoriana pueden salir de cañas en calidad de compañeras y amigas. Pero este fenómeno es algo excepcional. A pesar de que compartimos barrios y territorios, no es común que una mujer senegalesa del top-manta, una mujer ecuatoriana que trabaja en el servicio doméstico y una mujer autóctona con una profesión liberal formen parte de la misma red afectiva y social. Esta estratificación social en las vidas cotidianas se traduce en una falta de alianzas políticas. La fragmentación de clase social impide mayores redes de solidaridad en el feminismo.

El racismo es una subjetividad impuesta a escala global que atraviesa los cuerpos de todas las personas que habitamos este mundo. Cuando aterrizamos en las prácticas concretas nos encontramos

con la ardua labor de romper estas barreras vitales. La construcción de un feminismo antirracista supone en primer lugar desafiar estas barreras de estratificación social impuestas en el imaginario colectivo y que nos separan a las unas de las otras.

<34> Un año y medio después de aquellas denuncias, la realidad no solo de Huelva sino de todas las zonas de cultivo intensivo basadas en la sobreexplotación de trabajo migrante vuelve a cobrar centralidad. En todas ellas, el partido ultraderechista Vox ha subido como la espuma, arrasando en localidades clave como Lepe (Huelva), El Ejido (Almería), Torre-Pacheco (Murcia) o Talayuela (Cáceres). ¿Cómo se explica que justamente en las zonas cuyo crecimiento acelerado de las últimas décadas depende directamente de la mano de obra inmigrante, haya arrasado un partido con un discurso belicista antiinmigrante?

Esbozo dos posibles respuestas, a modo de hipótesis. No son respuestas contradictorias, sino complementarias. Lo que ha dado a Vox el triunfo en muchas localidades agrícolas, es el voto de los empresarios del campo a la extrema derecha, que difícilmente pueden desear las expulsiones masivas de migrantes de las que habla Vox, puesto que su riqueza depende de ellos. Lo que sin embargo quieren es una mano de obra migrante más amenazada, más clandestina y más perseguida, que trabaje más por menos ante el miedo a las expulsiones. El voto a Vox de la patronal del campo oculta, pues, un deseo de un trabajo más barato y servicial de las personas migrantes movidas por el miedo.

Habría, al mismo tiempo, otro voto a Vox, menor, pero reseñable, de trabajadores del campo. Este es un voto de impugnación a todo, un voto desde un malestar vital que la ultraderecha es capaz de

canalizar contra las personas más vulnerables. En esta fase del neoliberalismo muchas personas se caen del barco, al tiempo que el acceso a los bienes básicos para la vida es cada vez más difícil. La competencia entre quienes están en estos escalones bajos, donde se encuentra la migración, puede ser la explicación para entender este voto. El caldo de cultivo donde se gesta este tipo de fascismo social, que legitima la violencia contra los más vulnerables, parte de un malestar previo: no poder pagar el alquiler, la temporalidad de los contratos, las condiciones de vidas precarias. Si conseguimos señalar las verdaderas causas de estos sufrimientos estaremos frenando el auge de la extrema derecha.

<35>

En las luchas jornaleras en Almería, en las movilizaciones por la vivienda de la Plataforma de Afectados por la Hipoteca, en las ocupaciones de tierras, en el comedor popular de las Tres Mil Viviendas... en esos espacios es donde he visto frenar el fascismo social. Esas experiencias unen a gente desde los mismos «dolores de barriga», autóctonas e inmigrantes, y plantean una respuesta colectiva a sus causas directas. El feminismo tiene el reto de organizarse desde la base en esta micropolítica de los lugares cotidianos, generando redes que sean capaces de articular el descontento y de frenar la sinrazón de quienes apuntan como culpables a la gente más vulnerable.

El feminismo es un movimiento político que nace desde la emoción y el cuerpo. La organización y el horizonte político se proyectan después, a partir de este sufrimiento previo, este «malvivir» por el hecho de ser mujeres que se siente en cada cuerpo que conforma la movilización. No es una hipótesis intelectual lo que empuja el movimiento, es

un sentir latente en cada una, que en el encuentro con otras va conformando la fuerza política. Esta es la potencia feminista que está haciendo posible enfrentar el reto de organizar los descontentos desde la base, desde las vidas cotidianas. Esta es la potencia que está consiguiendo que la política salga de los espacios militantes y conquiste espacios populares. Esta potencia es la que está originando la masividad que vemos en las calles.

<36>

Donde se impone la sinrazón de la élite de varones blancos dueños del poder y la riqueza, el feminismo es el sentido de lo común. Lo de tod*s y no lo de unos pocos. La lucha de las jornaleras marroquíes frente a la patronal europea constituye un pulso entre estas dos fuerzas. En las mujeres, en las racializadas, en las jornaleras del Sur Global, en lo que no debemos ser, está la salida.

3. De las finanzas a los cuerpos. ¡Vivas, libres y desendeudadas nos queremos!

Luci Cavallero

A partir de la organización de las huelgas internacionales (2017, 2018, 2019), el movimiento feminista de Argentina produjo diagnósticos precisos sobre la relación entre las violencias machistas y las violencias económicas. Esto se hizo en asambleas, se tradujo en consignas y logró componer alianzas políticas.

Como parte de ese proceso, el Colectivo Ni Una Menos junto a otras organizaciones convocó a una acción en mayo de 2017 en la puerta del Banco Central de la República Argentina con la consigna «¡Vivas, libres y desendeudadas nos queremos!».¹ El objetivo fue, primero, trazar la relación entre violencia financiera y violencia machista y, en ese mismo acto, denunciar el proceso de endeudamiento masivo de las economías domésticas que se daba en paralelo a la toma de deuda por parte del Estado. Se trató de un momento clave, porque desde entonces el movimiento feminista activó un gesto novedoso: colocó el conflicto en el terreno de las finanzas y señaló su lógica invasiva sobre zonas cada vez más amplias de la reproducción de la vida. Esta acción, además, se relaciona con una discusión global más amplia sobre qué significa cuestionar que el acceso a derechos se

¹ Colectivo Ni Una Menos, «#DesendeudadasNosQueremos», *Página12*, 2 de junio de 2017, disponible en <https://www.pagina12.com.ar/41550-desendeudadas-nos-queremos>

realice a través de deuda, ya que la particularidad en Argentina es que el proceso de endeudamiento generalizado se produjo a partir de la conexión entre deuda y subsidios sociales entregados por el Estado (Gago, 2017).

<38> En este texto voy a relatar un episodio que demuestra cómo esa consigna práctica (*¡Vivas, libres y desendeudadas nos queremos!*) se ha seguido desarrollando al calor de un movimiento masivo, cómo ha logrado enhebrarse con problemáticas diversas que mapean, de hecho, esa lógica invasiva de las finanzas y, sobre todo, por qué es la lectura feminista de la deuda lo que permite plantear en nuevos términos la desobediencia financiera (Cavallero y Gago, 2019). Me voy a referir concretamente a la experiencia de resistencia a la urbanización compulsiva realizada por el gobierno de Buenos Aires en una villa histórica, que tiene la particularidad de ser un asentamiento ubicado en el mero centro de la ciudad y, en particular, en un área clave para los servicios logísticos portuarios. Intentaré, entonces, marcar una secuencia que va desde los paros internacionales feministas hasta el proceso de resistencia a la urbanización y, en ese trayecto, señalar lo que ha producido el señalamiento de las finanzas como objetivo a visibilizar y confrontar desde el movimiento de mujeres, lesbianas, travestis y trans.

La urbanización de la Villa 31 y 31 Bis

La Villa 31 y 31 Bis es un asentamiento cuyas características son las de un barrio periférico pero que sin embargo está en el centro de la Ciudad de Buenos Aires, cerca de la estación más importante de ómnibus de larga distancia y rodeado de mega

empresarios inmobiliarios. Por su cercanía con el puerto, su ubicación es estratégica y, por eso, territorio de disputa con el capital inmobiliario. El gobierno de la Ciudad de Buenos Aires, que tiene entre sus propios funcionarios a representantes de los grupos inmobiliarios más importantes, impulsa una urbanización en la que se juega gran parte de su suerte política. Esta villa es tomada, de hecho, como un «laboratorio» sobre las políticas de reconversión urbana que significan, ni más ni menos, una política de Estado para «destrabar activos territoriales, ampliando las fronteras del mercado» (Rolnik, 2019).

<39>

La resistencia a la urbanización de la Villa 31 y 31 Bis es ya una lucha histórica de sus habitantes por reclamar su derecho a la ciudad y tiene organizaciones y coordinaciones también históricas (Cravino, 2009, 2010; Vitale, 2013; Ons, 2016). Aquí me voy a concentrar en el proceso iniciado a partir de octubre de 2018, cuando la Legislatura de la Ciudad de Buenos Aires aprobó el traslado de l*s vecin*s de la zona de «Baja Autopista» (una zona de la villa que concentra gran cantidad de viviendas autoconstruidas por sus habitantes) a un complejo de viviendas construido por el gobierno. Esta norma se sancionó ignorando todas las instancias de coordinación con l*s vecin*s, y haciendo uso de la mayoría parlamentaria del oficialismo. Desde ese momento, el gobierno de la Ciudad de Buenos Aires comienza un proceso de re-localización y urbanización compulsiva con la oposición expresa de l*s vecin*s de la zona.

La particularidad de esta nueva propuesta de urbanización es que ofrece títulos de las viviendas sobre la base de la asunción de deudas hipotecarias que resultan, al corto plazo, imposibles de pagar. Simultáneamente, el gobierno metropolitano toma

<40>

200 millones de dólares prestados con el Banco Mundial para la construcción de estas viviendas.² Así, el intento de desplazar a la población de la Villa 31 y 31 Bis se da en paralelo al avance del capital inmobiliario sobre las zonas portuarias de la ciudad que están en un proceso de revalorización permanente. Para propagandizar este modelo de «integración» urbana, el gobierno lanza una campaña mediática a fin de contraponer a las protestas la instalación de un Banco Santander y de una sucursal de MacDonald en la zona de ingreso al barrio. La apertura de estas multinacionales sucede en simultáneo al proceso de desalojo «legal» de la población, conformando un dispositivo inmobiliario-financiero para la valorización urbana. Esta estrategia, hay que agregar, aparece como superadora respecto de proyectos de épocas anteriores que proponían directamente la «erradicación» de las villas. En esta secuencia, el protagonismo del proceso de resistencia tiene a la asamblea feminista como un espacio fundamental para poner en común y denunciar los modos en que se avanza, desconociendo las instancias de participación de l*s vecin*s. Esta es una novedad en la propia historia de la villa.

La urbanización de la Villa 31 y 31 Bis de Buenos Aires discutida desde una perspectiva feminista

Voy a detallar esta secuencia más reciente porque permite pensar cómo la Asamblea Feminista de la Villa 31 y 31 bis reconfigura los términos de la

² «¿El barrio de Carlos Múgica podría terminar en manos de un solo acreedor no estatal?», Observatorio del Derecho a la Ciudad, 3 de septiembre de 2019, disponible en <https://observatoriociudad.org/2019-09-el-barrio-carlos-mugica-podria-terminar-en-manos-de-un-solo-acreedor-no-estatal/>

denuncia de la urbanización, qué tipo de alianzas construye, y por qué y cómo logra situar al capital financiero como blanco de la confrontación.

Este espacio comenzó a reunirse a fines de 2018 para organizar un paro nacional de mujeres en repudio al accionar del poder judicial que aseguró la impunidad de los femicidas de Lucía Pérez.³ Las reuniones continuaron para discutir el aumento de las violencias machistas, los diferentes conflictos que se presentan en el barrio relacionados con la falta de servicios básicos de salud, educación y vivienda y recientemente, en noviembre de 2019, para organizar la primera marcha del orgullo villera. Esta asamblea reúne así una serie de dinámicas abiertas a partir de los paros internacionales de mujeres, lesbianas, travestis y trans en relación con las formas organizativas y a su composición transversal que replica la de las reuniones de organización de las huelgas internacionales (Gago, 2019).

<41>

La asamblea convocada para discutir la urbanización se realiza en la casa de la Diversidad Trans Villera; hay organizaciones territoriales, comedores populares, partidos políticos, bachilleratos populares, colectivos migrantes, colectivos de disidencia sexual, agrupaciones feministas y sindicatos. La transversalidad conseguida por el movimiento feminista se actualiza así en cada territorio en conflicto, en el modo de tejer alianzas y encuentros que van más allá de los criterios de agrupamiento que segmentan las luchas y jerarquizan lugares de enunciación según sea una voz experta, un

³ Un fallo judicial que libera a los sospechosos del femicidio de la joven Lucía Pérez que en 2016 provocó la furia y el repudio masivo del movimiento feminista. Fue el detonante de la organización del primer paro nacional de mujeres.

dirigente sindical o un líder de un partido político. En la asamblea feminista de la Villa 31 y 31 Bis la palabra circula y todas las narraciones en relación con lo que implica la urbanización en la vida cotidiana son escuchadas. Lo que se actualiza también es la denuncia de la lógica expansiva de las finanzas que se enhebra con la problemática del acceso a la vivienda a través de endeudamiento: esto es lo que ha surgido como principal preocupación en las reuniones preparativas. Por eso, el nombre de la convocatoria de la asamblea del 30 de agosto ya propone una clave de lectura: «*Urbanización en clave feminista. Contra el endeudamiento y los mandatos de género*». Nombra así la especificidad de la politización feminista en relación al avance de las finanzas y a cómo estas se aprovechan de los múltiples trabajos que las mujeres realizan para sostener los hogares en un contexto de empobrecimiento generalizado y de despojo de la infraestructura pública. El llamado de la convocatoria produce también un desvelamiento del mecanismo que intenta naturalizar el acceso a derechos mediante deuda.

<42>

Los ejes que se problematizan en la asamblea van desde un mapeo sobre quiénes y cómo se resiste en la villa a la avanzada del negocio inmobiliario, donde los colectivos feministas tienen un lugar protagónico, a cómo este proceso está relacionado con el endeudamiento público y privado y con los mandatos de género que «seleccionan» a l*s beneficiari*s. La discusión de la asamblea se divide en grupos sobre la base de los ejes «Precariedades y deuda» y «Organización territorial feminista».

Lo que se denuncia, en primer lugar, es que el proceso se está haciendo a espaldas de las diferentes instancias de organización barrial. Esto se vincula a la opacidad en los criterios de asignación de

las viviendas y la estrategia de negociación un* a un*. Se denuncia que no se informa del valor de las nuevas viviendas y que las viviendas ofertadas por el gobierno son de calidad inferior a las que se pretende desalojar para destruir. L*s vecin*s advierten que se comenzaron a hacer demoliciones sin los permisos necesarios para avanzar. Hay relatos de amedrentamientos para quienes no aceptan la relocalización, y de discriminación hacia migrantes, a quienes se los amenaza con la deportación en caso de no aceptar la propuesta del gobierno.

<43>

La estrategia oficial combina amedrentamiento, amenazas, demoliciones intempestivas y estrategias de división entre las familias, entre inquilin*s y propietario*s y entre migrantes y nativ*s. El gobierno realiza visitas casa por casa, entrevistando a l*s miembr*s de los hogares por separado. También se negocia distinto entre inquilin*s y propietario*s fomentando enfrentamientos y miedos entre l*s vecinos que acceden a la relocalización y quienes luchan por quedarse en las casas que ell*s mism*s construyeron.

Un punto central de la discusión en relación con la precariedad tiene que ver con la continuidad de las actividades productivas que la mayoría de l*s vecin*s de la villa realizan en sus casas. Las nuevas viviendas no están preparadas para que puedan continuar con sus actividades autogestivas, que van desde la carpintería y la mecánica hasta la herrería, la lavandería y los pequeños comercios de venta. Lo que se denuncia en la asamblea es que se l*s quiere endeudar, y a la vez, se les quiere quitar la posibilidad de seguir con sus actividades productivas: endeudad*s y sin trabajo.

La deuda se pone en marcha como un mecanismo que simultáneamente dinamiza la precarización y asegura el desalojo por vías legales.

<44> Las escrituras (títulos de las viviendas ofrecidas), se dice también, son confusas y abusivas, y el contrato dice explícitamente que el no pago de una cuota implica entrar en mora, lo que puede llevar a un desalojo legitimando legalmente. De esta manera, la titularización sobre la base de la deuda funciona como una vía de desalojo legal y el proceso de financiarización actúa en este caso como anticipación de «expulsiones» (Sassen, 2014).

Pero el avance de la financiarización no termina en la titularización de las viviendas sobre la base de la deuda; el proyecto que el gobierno aprobó en la Legislatura dispone además la posibilidad de vender los títulos a terceros. De esta manera, l*s vecin*s, luego de ser «producid*s» como deudor*s de un Banco o un Fondo de Inversión, no tendrían más «opción» que la venta de esas casas y terrenos que se convirtieron en propiedad privada «regular». El gobierno, a su vez, argumenta que los terrenos «liberados» por los desalojos, serán vendidos para pagar deuda con organismos internacionales de crédito, conformando así un circuito que liga intrínsecamente endeudamiento público, endeudamiento privado y expulsiones.

Lo que también se narra en la asamblea es un proceso de despojo de servicios que antes proveía el Estado, que luego fueron reemplazados por auto-gestión y que, en el caso de las nuevas viviendas, quedan a cargo de empresas con tarifas dolarizadas. El endeudamiento de l*s «re-localizad*s» proviene también de la nueva obligación de pago de servicios muy caros.

«Nosotras queremos los títulos de propiedad a nombre de las mujeres y sin deuda» dicen las mujeres, lesbianas y trans en la asamblea. La perspectiva feminista sobre la urbanización no se agota en la denuncia del proceso de titularización sobre la base de la deuda, sino que va más allá. Lo que se problematiza y denuncia también es que los títulos de propiedad que promete el gobierno se otorguen con criterios heterosexistas y que actúen como una forma de re-moralizar las vidas de las mujeres, lesbianas y travestis. De hecho, se llega a la conclusión que los títulos se otorgan a hombres o a mujeres que viven en familias heterosexuales y con hij*s. Es decir, el modo en que el gobierno contabiliza l*s sujet*s merecedores de una vivienda produce un sistema de castigos para las vidas por fuera de la familia heterosexual.

<45>

A las mal llamadas «madres solteras», que son una mayoría en el barrio, y que son además jefas de hogar, se las relega al final de un orden de merecimientos encabezado por los hombres y por las mujeres de familias heterosexuales con hij*s. La perspectiva feminista también produce un momento afirmativo donde se discute cómo sería una ciudad feminista, en la que hay espacio para narrar de qué manera quisieran vivir por fuera de las divisiones de los espacios domésticos que produce la familia heterosexual como mandato de reclusión.

El modo feminista de politizar el espacio doméstico hace que se puedan iluminar lugares históricamente despreciados como zonas de producción y extracción de valor (Federici, 2018). La asamblea feminista se convierte también en un espacio donde se narran las diferentes tareas comunitarias y barriales que sostienen la reproducción de la vida.

Se valoriza el trabajo migrante, que es un componente fundamental de la población de la villa, y el trabajo comunitario de mujeres, lesbianas, trans y travestis. Se arma una red que funciona como resistencia a la estrategia de división del gobierno. El modo feminista de tejer redes y alianzas enfrenta la división entre migrantes, propietario*s e inquilin*s, trabajador*s y no trabajador*s, que es la forma en la que se estructura una jerarquía de merecimientos que usa el gobierno en su negociación un* a un*, a la vez que colectiviza el conflicto que se quiere privatizar casa por casa.

<46>

Contra el despojo financiero: de la casa hacia el mundo

El movimiento feminista creó las condiciones para que el endeudamiento de las economías domésticas fuera considerado un problema de primer orden. En múltiples conflictos se denunció cómo la abstracción financiera implica un proceso de devaluación y negación de los cuerpos concretos que producen valor. Al mismo tiempo, la politización de las finanzas desde el feminismo fue capaz de desarmar la principal operación política de la deuda: privatizar en cada casa y en clave de responsabilidad privada aquello que debiera ser discutido colectivamente. El gesto feminista sobre la deuda fue sacarla del confinamiento de la esfera privada-doméstica, y así cuestionarla como un mecanismo de individualización con todas las implicaciones en términos de culpa y vergüenza. En esta clave, hemos conceptualizado cómo la deuda extrae valor de las economías domésticas, de las economías no asalariadas, de las economías consideradas históricamente no

productivas, en tanto habilita que los dispositivos financieros se conviertan en verdaderos *mecanismos de colonización de la reproducción de la vida* (Cavallero y Gago, 2019). Esto se hace posible cuando cada instancia de reproducción social se convierte en un momento que puede ser explotado directamente por el capital para transformarlo en un espacio de acumulación (Federici, 2015).

De esta forma, la acción en la puerta del Banco Central impulsada por el Colectivo Ni Una Menos, en junio de 2017 con el lema «Vivas, libres y endeudadas nos queremos» tuvo resonancias múltiples. En junio de 2018, sindicatos de todas las corrientes políticas se apropiaron de esa consigna para hacer sus convocatorias a la marcha NiUnaMenos. Mientras tanto se estaba iniciando uno de los procesos más acelerados de endeudamiento público de la historia argentina, que terminó con la negociación con el Fondo Monetario Internacional (FMI), una devaluación brutal de los salarios y un recorte del presupuesto público.

Con anticipación, desde la dinámica feminista, se logró trazar la conexión entre endeudamiento privado, doméstico, y endeudamiento público, mostrando el tipo de máquina de obediencia que se retroalimenta y que instala la matriz de la deuda como régimen específico de explotación y extracción de valor. Unos meses después, en octubre de 2018, la reunión en Buenos Aires del Women20 (el grupo de mujeres que hace parte del G-20) fue contestada también desde el movimiento feminista, impugnando el intento de apropiación neoliberal de las demandas feministas en clave de «inclusión» financiera para microempendedoras.

Como parte de esta secuencia, durante julio de 2019, se inició un conflicto por el fin de las llamadas «Jubilaciones de amas de casa». El gobierno neoliberal de Mauricio Macri a pedido del FMI daba de baja las moratorias previsionales, que possibilitaban pagar en cuotas los aportes que las mujeres, ya sea por trabajar en el ámbito doméstico o por trabajar informalmente, no tienen para jubilarse en cantidad necesaria.

<48>

En la resistencia a esa medida, se combinaron una lectura feminista del trabajo con una lectura feminista de la deuda. La alianza entre sindicalismo y feminismo —construida en el ejercicio político de las huelgas feministas de los últimos tres años— ha permitido que el movimiento sindical proponga, bajo la consigna #NiUnaJubiladaMenos, el reconocimiento del trabajo doméstico como prioridad de la agenda laboral. Todos los sindicatos se movilizaron en rechazo a la medida de Macri con la consigna «Los aportes que me faltan los tiene el patriarcado» (Cavallero y Gago, 2019b).

La alianza sindical-feminista fue fundamental porque permitió problematizar que el beneficio de la moratoria sea una forma de acceder a un derecho asumiendo una deuda con el Estado. El movimiento feminista al ser capaz de invertir la jerarquía del reconocimiento del trabajo no-pago, invierte también la carga de la deuda. No hay deuda con el Estado por los aportes que les faltan a las mujeres y cuerpos feminizados por el trabajo no remunerado realizado en el ámbito doméstico o en trabajos informales, sino que, al contrario, la deuda es *del* Estado, los patrones y los patriarcas por haberse beneficiado de ese trabajo gratuito.

El movimiento feminista en su confrontación con las finanzas ha desarrollado también una estrategia internacionalista que empieza en cada casa y que permite, desde ahí, reconstruir los circuitos financieros globales, y conectar los momentos de desterritorialización de las finanzas con sus aterrizajes violentos en territorios y cuerpos concretos (Gago, 2019). Desde cada espacio se mapea la supuesta «invisibilidad» del capital financiero y se libra una batalla contra su poder abstracto de mando. También en cada lugar se cuestiona la producción de una moralidad deudora al impugnar su relación con los mandatos de género (la figura de la «buena pagadora» ejemplar, sacrificada por su familia). Decir «desendeudadas nos queremos» en la villa y en el sindicato, en la calle y en la universidad, es un método político de desobediencia financiera que consiste en ir de las finanzas a los cuerpos y, desde allí, disputar a quién le pertenece la renta.

<49>

Bibliografía

- Cavallero, Lucía y Verónica Gago (2019a), *Una lectura feminista de la deuda*, Buenos Aires, Fundación Rosa Luxemburgo.
- (2019b), «Los aportes que me faltan los tiene el patriarcado», Buenos Aires, *Revista Anfibia*.
- Cravino, María Cristina (2009), *Entre el arraigo y el desalojo. La villa 31 de Retiro. Derecho a la ciudad, capital inmobiliario y gestión urbana*, Buenos Aires, Editorial Instituto del Conurbano – UNGS.
- (2010), *Barrio 31. Carlos Mugica. Posibilidades y límites del proyecto urbano en contextos de pobreza*, Javier Fernández Castro (coord.), Buenos Aires, Instituto de la Espacialidad Humana.

Gago, Verónica (2017), *Neoliberalism from below. Baroque economies and popular pragmatics*, North Carolina, Duke University Press.

----- (2019), *La potencia feminista. O el deseo de cambiarlo todo*, Buenos Aires y Madrid, Tinta Limón y Traficantes de Sueños.

Sassen, Saskia (2014), *Expulsiones*, Buenos Aires, Katz.

Ons, Melina (2018), «La ley de urbanización de la Villa 31-31bis en la Ciudad de Buenos Aires. El debate parlamentario y público en torno a su sanción y aplicación (2007-2015)», *Quid 16*, núm. 9, junio-noviembre de 2018, pp. 184-196, IIGG, UBA.

Rolnik, Raquel (2018), *La guerra de los lugares. La colonización de la tierra y la vivienda en la era de las finanzas*, Barcelona, Descontrol Editorial.

Vitale, Pablo (2013), «Entre hechos y derechos. Políticas públicas y normativa hacia las villas de Buenos Aires» en T. Bolívar y J. Erazo (coord.), *Los lugares del hábitat y la inclusión*, Quito, CLACSO/FLACSO/MIDUVI, pp. 369-392.

4. Del punto cero al futuro: Luchas por vivienda y apuntes para una gramática feminista de organización

Helena Silvestre

Mirar al mundo que nos rodea y comprenderlo o llenarlo de significado para nosotras mismas es una acción que presupone sujeto; un ojo que ve y compone cierto cuerpo: territorio y lugar de tal mirada.

Este texto tiene como objetivo describir los territorios de favelas como una tierra fértil para el nacimiento de formas organizativas capaces de fortalecer luchas¹ hacia una sociedad emancipada, donde la vida esté libreta. Su objetivo es recuperar la trayectoria de resistencia que produjo tales territorios, las ocupaciones y los desalojos que los dibujaron (y los dibujan), ubicando allí cuerpos femeninos en lucha contra el desalojo forzado de comunidades o realizando ocupaciones para la vivienda: la recuperación conflictiva de partes del territorio para reconstituir *comunes*² que nutren nuestras resistencias.

Este es un esfuerzo necesario, ya que sería contradictorio reconocer a las mujeres indígenas —en defensa de los bosques— o a las mujeres negras —defendiendo territorios ancestrales inmateriales— sin darse cuenta de cómo las mujeres de las favelas

¹ Inspiración en las obras de Beatriz do Nascimento acerca del Quilombo y sus continuidades.

² Las ideas de comunes y punto cero en este texto están inspiradas en trabajos de Silvia Federici.

son hijas de ellas, y llevan adelante la continuación de la resistencia en regiones cercanas a nosotr*s y nuestros cotidianos.

En este sentido, me baso aquí en mi propia experiencia como mujer nacida y criada en una favela y luego en la experiencia de casi dos décadas como militante en el movimiento por la vivienda en ocupaciones de tierra urbana.

<52>

Para dar colores concretos: comencé la militancia en el movimiento por la vivienda desde una Ocupación llamada Santo Días, que sucedió en 2003, en la región metropolitana de São Paulo, cuando comencé a integrar el MTST, Movimiento de los Trabajadores sin Techo. La ocupación de Santo Días fue una de las muchas que ayudé a construir en la provincia de São Paulo, así como otras ubicadas en otras provincias. En estas ocupaciones asumí tareas de articulación en la coordinación nacional de este movimiento.³ En septiembre de 2010, debido a diferencias políticas, que en ese momento tenían que ver con la concepción de la organización, salí del MTST y comencé a construir, en 2011, el movimiento Luta Popular,⁴ del cual he sido parte hasta hoy y que también realiza ocupaciones urbanas buscando el derecho a la vivienda, así como ocupaciones de tierras rurales para vivienda y agricultura familiar.

Las ocupaciones en las que ayudé siempre fueran únicas; cada periferia —a pesar de los problemas comunes— condensa una trayectoria particular de

3 Véase Philippe Revelli, «Os sem-teto às portas de São Paulo», *Le Monde Diplomatique*, Brasil, 8 de noviembre de 2007, disponible en: <https://diplomatie.org.br/os-sem-teto-as-portas-de-sao-paulo-2/>

4 Véase el documental *Ocupação Esperança reforça segurança após ameaças de desconhecidos*, noviembre de 2013, disponible en <https://www.youtube.com/watch?v=cX4aGKcDAso&feature=youtu.be>

personas y territorios con características propias. Siempre han sido ocupaciones de grandes propiedades urbanas ociosas, generalmente incrustadas en áreas periféricas de la ciudad, que han reunido a miles de personas que venían de situaciones de alquiler casi insoportables, ya que consumen más de la mitad de los ingresos de familias que viven con hasta tres salarios mínimos.⁵

Mujeres de las favelas y sin-techo: ¿quiénes somos?

<53>

En Brasil, somos hijas del encuentro de mujeres esclavizadas y empobrecidas por la colonización, mujeres despojadas y puestas en diásporas forzadas que hicieron sus cuerpos hermanos en este territorio en disputa. Negras, indígenas y afroindígenas —expulsadas de sus bosques, secuestradas de su continente y violadas— son el rostro de las comunidades pobres que tejen y reconstruyen tramas comunitarias protegiendo la vida en medio de los destrozos.

Las favelas y las periferias de las grandes ciudades brasileñas se formaron así. Son arreglos territoriales que provienen de multitud de choques, desalojos y nuevos intentos de reconfigurar la vida en situaciones casi siempre peores.

Estos territorios encierran una yuxtaposición del tiempo en capas, donde cada generación de mujeres mantiene vivo el recuerdo de la masacre a la que sobrevivió: desde la esclavitud de chivata a la esclavitud doméstica (entregadas a familias

⁵ Vídeo *Ocupação Esperança, em Osasco, completa três anos*, 23 de agosto de 2016, disponible em <https://www.youtube.com/watch?v=BTJ-2XNqhRU>

ricas como empleadas), desde del matrimonio adolescente, huyendo del hambre o de la sed, al trabajo en las fábricas. Desde la cárcel, abandonadas, hasta el dolor de recoger en algún callejón el cuerpo de su hijo, asesinado por las balas ya en régimen democrático. Desde las escuelas disciplinarias de los cuerpos, sexistas y llenas de rejas, hasta las cárceles.

<54> La violencia es la principal herramienta de acumulación y de progreso —evidenciada en tiempos de crisis, pero que cruza siglos—. El feminismo ha hecho un gesto fundamental tratando de romper con las estructuras sociales que conocemos. El feminismo *ha dado carne y huesos a conceptos que se desarrollan en nuestras vidas comunes, que se extienden a través de todas las dimensiones, incluida la que han denominado doméstica o privada*, y que sustenta parte esencial de la reproducción de esta sociedad. Encarnando en cuerpos el funcionamiento de los engranajes que nos mortifican, el feminismo nos revela un mosaico de mujeres latinoamericanas, colonizadas, en su mayoría no blancas y con diferentes trayectorias, vinculadas por la catástrofe común del desalojo: el despojo que genera diáspora y desarraigo.

Nuestros cuerpos y nuestros territorios están abiertos a la extracción⁶ incesante que el capital lleva a cabo para reproducirse, arrastrando todo con su fuerza centrífuga que transforma la vida que encuentra en algo cuantificable, intercambiable, en mercancía, destruyendo y depredando lo que sea.

⁶ La idea de extractivismo en este texto está inspirada libremente en las obras de Luci Cavallero y Verónica Gago.

En nuestras cocinas se ven sus tentáculos, y la comida, lista para comer, aparece como por arte de magia si ocultamos el trabajo invisible de las mujeres, ya lo sabemos. Pero ampliando la mirada, veremos en nuestras favelas y comunidades las sondas que transfieren vida y sangre de los pobres a la *ciudad oficial* que, hermosa mercancía, oculta la ciudad invisible de la que se alimenta. Son estructuras similares a las que han dado *poder civilizador* y *progreso* a algunas naciones, ocultando el trabajo invisible de los pueblos esclavizados y explotados. El «robo» fundador de la colonización es en realidad permanente.

<55>

El robo permanente y las favelas

Las favelas y las periferias se construyeron a través la expulsión de los pueblos de las tierras *comunes*, que a su vez se transformaron en activos económicos y mercancía. Las poblaciones, expulsadas, «nomadearon» por olas migratorias, arrastradas como mano de obra a los procesos de industrialización subasalariada, *constituyendo ciudad* en condiciones precarias, reubicándose en asentamientos *clandestinos*, colinas y periferias en busca de reconstruir la vida. *Las plantas buscan el sol y la vida busca una forma de continuar.*

La industrialización encontró, en Brasil, un país territorialmente inmenso y un ejército de trabajadores disponibles que no tenían absolutamente nada, porque fueron liberados de su condición de esclavos pero no de su condición de *humanos de segunda clase*, este sí un rasgo marcado de toda la clase trabajadora brasileña. Durante las décadas de 1960, 1970 y 1980, estos elementos ayudaron a

diseñar nuestra urbanización, produciendo también su complemento ineludible, las favelas, la *ciudad informal*.

<56> El derramamiento de sangre neoliberal de la década de 1990 combinó transformaciones en el mundo del trabajo con la crisis de las organizaciones sindicales. En las favelas, las mujeres sufrieron la violencia que acompaña al *relineamiento capitalista*. Lloraron en funerales de cementerios como São Luis,⁷ en la periferia del sur de la ciudad de São Paulo, mientras alimentaban, solas, a comunidades enteras y abrigan —tanto cuanto podían— la vida de los ataques de las balas, del hambre y de las cárceles.

Las luchas en defensa de los territorios siempre llevaron en sí mismas la defensa de la vida. Es sabiduría popular la conciencia de que *no hay forma de existir sin ocupar un lugar en el espacio* y que este lugar se constituye como nuestro territorio, desde donde reedificamos *comunidad*, donde nos defendemos y nos rehacemos en defensa de los nuestros. *Es necesario defenderse del hambre y del desabrigo y, por lo tanto, comer y vivir son necesidades inevitables a la vida que desea perdurar.*

En los años noventa, a medida que aumentaron las ocupaciones, los conflictos por el suelo urbano se intensificaron, en un intento por detener los desalojos forzosos y las remociones. *Las mujeres estuvieron en todos los conflictos, anónimas e indispensables.*

⁷ El cementerio Jardim São Luiz ha enterrado 227,000 personas desde 1981. En su mayoría jóvenes, negros o afrodescendientes. Se encuentra al lado de otro distrito de barrios, Jardim Ângela, que en 1996 fue declarado por la ONU como la región más violenta del mundo debido a la cantidad de homicidios.

Bajo la niebla de una lectura patriarcal de qué son las luchas, qué es organizarse, qué es político y qué no, se ocultan los activismos de muchas mujeres. Estos activismos invisibilizados —así como el trabajo reproductivo y de cuidado— desaparecen de la narrativa que nombra las resistencias. Al mismo tiempo, transfieren energías que alimentan a representantes hombres y estructuras organizativas jerárquicas, incluso entre sectores progresistas. Sería como otro momento de *extractivismo patriarcal*, pero que tiene lugar en espacios supuestamente forjados para contrarrestar la lógica extractiva del capitalismo.

<57>

Antes de pensar el feminismo, yo pensaba el territorio al estar *organizada en movimientos de favela u ocupaciones de tierra urbana. Siempre me sorprendió ver que muchas elaboraciones acerca del «sujeto revolucionario», acerca de la fábrica como espacio de organización superior al barrio y sus consecuencias, no abarcaban todo lo que vivía yo.*

El territorio ha sido tratado como elemento secundario de la lucha de clases porque, para una cierta lectura del capital, este no es el lugar de producción, sino el de reproducción de la vida; y *la vida como perspectiva ha sido preterida por la óptica del trabajo y del desarrollo.* Por lo tanto, todas las actividades y relaciones producidas allí se han descartado como intervención política (potencial o concreta) y sus sujetos, en su mayoría mujeres, han permanecido invisibles. El movimiento feminista está, en este momento, rompiendo esta invisibilidad, porque incluso cuando se le dio importancia a los conflictos de tierras urbanas, este movimiento se llevó a cabo utilizando una cierta *gramática patriarcal* que es incapaz de cosechar las reflexiones que le ofrece la realidad.

Una ocupación de tierra urbana puede suceder de diversas maneras; la experiencia que alimenta este texto es la mía, en ocupaciones que han proliferado en territorios de las periferias de grandes metrópolis brasileñas, desde el principio de los años 2000. La presión sobre las economías domésticas convirtió el alquiler en el principal costo de millones de *familias pobres que se ven atrapadas, cada mes, entre pagar el alquiler o comprar alimentos*. Muchas de estas están encabezados por mujeres, ya sea insertadas de manera terriblemente precaria en el mercado laboral, o manteniéndose a través de trabajos informales, inestables, estacionales y / o ultra precarios.

Cuando llegamos a un terreno vacío, todo debe hacerse, y al asumir un estado de *conflicto permanente* en el *territorio del litigio*, el Estado se presenta solo como fuerza policial. Este actúa para salvaguardar los derechos de propiedad de los especuladores inmobiliarios. Se deshace el *fetichismo de la racionalidad masculina* de las instituciones, las cuales se demuestran explotadoras, opresivas y crueles.

Todo debe hacerse y nadie más que nosotros los ocupantes lo hará. Las soluciones a los problemas de agua, saneamiento, energía, infraestructura, seguridad, alimentación, circulación, espacios comunes, entre otros, están en nuestras manos *en el ejercicio, no siempre consciente, de ser nuestro propio gobierno*.

Obviamente, las ocupaciones no son islas y sufren todas las contradicciones y problemas estructurales que las rodean. Estas no son «zonas autónomas» —lo que nos convierte en un pequeño ejercicio de autogobierno en medio de la geografía gobernada por lógicas que operan en contra.

Así, las ocupaciones funcionan como espejos de la verdadera cara del sistema capitalista: *la propiedad y el lucro sobre todo, la vida no vale nada ante ellos y el Estado existe para garantizar que esta lógica no cambie*. En guerra contra todo, las ocupaciones no se mantienen sin una unidad práctica que se debe, primeramente, a la necesidad imperiosa de vivir, pero que, al unir a miles de personas sin hogar en un espacio común, se altera cualitativamente al desplazar el problema habitacional de la esfera privada al espacio comunitario recién constituido.

<59>

El corazón en la cocina

La composición de las ocupaciones es innegablemente femenina, no solo en cantidad sino también en el grado de dedicación y actividad. Como las más preocupadas por el destino de su descendencia, las mujeres se dividen entre las tareas domésticas, el cuidado de los hijos, los subempleos y las actividades en las ocupaciones, imaginando —en el presente de sacrificio— un futuro mejor, donde el fantasma del desempleo no esté asociado al de vivir con niños en las calles.

Inmediatamente se produce la división sexual del trabajo y mientras los hombres integran el trabajo de construcción, seguridad, coordinación, articulación «externa» y representación, las mujeres se instalan en los trabajos de limpieza, organización, cuidado de niños y cocina. Lo que pasa es que, así como las ocupaciones evidencian el funcionamiento de las instituciones, ellas también dejan ver la centralidad de algunos trabajos para el mantenimiento de la existencia, y el trabajo de las cocinas se convierte en el más esencial para tod*s. En las

palabras de Aline, una joven ocupante, «[...] antes de la ocupación, yo pensaba en cómo iba alimentar a mis hijos; después de la ocupación, pensábamos en cómo alimentar a mil familias».

Sin recursos, las mujeres organizan grupos que salen a los comercios y ferias para obtener donaciones de alimentos para abastecer las cocinas comunitarias. Escalas de trabajo están diseñadas sobre la base de la capacidad de cada una para donar tiempo; las comidas se preparan y sirven a tod*s.

<60>

Hechas de plástico o madera, las casuchas son extremadamente precarias, un lugar reservado para descansar y dormir, y todo lo demás sucede en el espacio común de la tierra: no hay cocinas individuales, baños individuales, ni luz eléctrica individual (por el riesgo de incendio) y ni agua del grifo. Todas las tareas ocultas en el hogar están en exhibición, a los ojos de tod*s, y las cocinas —lugar de trabajo permanente, punto de referencia alrededor del cual las personas se alimentan, lugar de comunicación donde circulan las advertencias y se toman las decisiones de asamblea— constituyen el corazón de las ocupaciones.

Espejos invertidos

El espacio comunal de las ocupaciones supone una cierta indefinición entre lo público y lo privado: la tierra no pertenece al que la ocupa, pero no está ocupada por el propietario; la casa es la tierra misma, la propia ocupación en su conjunto y los límites del núcleo familiar se desdibujan transitoriamente en las relaciones comunitarias, como una familia extensa (con muchas contradicciones ahí presentes).

Esta aparente vaguedad parece facilitar que las mujeres se autoorganicen y se sientan más seguras para intervenir en los rumbos del cotidiano y simultáneamente de sus hogares y de su comunidad. Así, las mujeres se insertan gradualmente en casi todos los espacios colectivos, excepto aquellos que reconocen como complejos y regidos por leyes externas que creen no comprender, como la representación pública y las mesas de negociación política o legal.

Ocupan todos los lugares donde la vida se reproduce, pero delegan a los hombres su «dirección» (o bien se las aparta). *Luego viene un estado latente de doble poder*, porque quienes sostienen las dinámicas vitales no disfrutan de ciertos aspectos del reconocimiento y la distancia que las mujeres mantienen respecto de los espacios de representación-negociación corresponde a la distancia de las «direcciones» con relación al poder de reproducir la existencia.

<61>

Son las mujeres, no los «líderes», quienes conocen las dificultades específicas de cada familia, quienes conocen a los hijos de tod*s y la violencia sufrida por muchas, así como las agresiones de los hombres —incluso de los «representantes»—. Aunque los hombres sean los narradores de la batalla colectiva, son las mujeres las que proporcionan la información clave que les permite articular el discurso.

En el entorno comunitario, las mujeres debaten, se posicionan y aconsejan acerca de la violencia que sufren ellas mismas u otras y, al desnaturalizar la violencia, abren la puerta al cuestionamiento de las jerarquías y la concentración del poder: no soportan ser golpeadas y callar, o ver golpeadas y callar a sus compañeras de trabajo.

Una gramática feminista de organización

<62>

Sin una «dirección central» en la que se vean a sí mismas y sus necesidades efectivamente representadas, las mujeres *forjan una nueva gramática organizativa donde el trabajo colectivo y la ayuda mutua son criterios más importantes que el reconocimiento institucional*. Esta es la razón por la cual, a menudo, la autoorganización de las mujeres en ocupaciones urbanas y favelas ha sido *descalificada como despolitizada e incluso prohibida por hombres líderes que las ven como «disturbios»* contra ellos. Esta autoorganización está coherentemente alineada con el ejercicio del autogobierno y el cuestionamiento del Estado, del poder judicial y de la especulación, que subyacen en el acto de ocupar: *son los hombres en posiciones de representación — alimentando jerarquías que rechazan a las mujeres— quienes actúan con inconsistencia*.

En las favelas, las mujeres se encuentran en los centros de salud, en la entrada y salida de guarderías y escuelas, en iglesias, huertos y ferias, en busca de caridad y comida barata. En las ocupaciones, están en las cocinas, en las marchas, trabajos de limpieza, asambleas y charlas alrededor de los fuegos nocturnos. Su comunicación siempre ha sido descalificada como chisme y no se limita a momentos oficialmente extraordinarios: *es una comunicación permanente que no reclama un solo difusor, es comunicación viva a través de varios puntos dinámicos de contacto sin establecer un momento, espacio o a alguien como la única fuente legítima de información*.

Al no encontrarse a sí mismas en las instancias de «poder» y en la narrativa de las comunicaciones oficiales, las mujeres son empujadas a organizarse y actuar, produciendo redes y modelos de organización no convencionales que escapan a las jerarquías y que *funcionan semiclandestinamente, al margen de las superestructuras políticas. Es por eso que, fuera del radar y sin un modelo, podemos tejer respuestas autóctonas a partir de necesidades comunes, arraigadas orgánicamente. Estas respuestas son nuevos comunes generados por nuestras luchas.*

<63>

Ese funcionamiento impulsa una gramática política en donde aparecen de manera muy central los temas de salud, infancia, vejez, educación básica, alimentación sana y suficiente, políticas de atención, desalojos y violencia sobre territorios empobrecidos. Este último evidenciado por el hecho de que las mujeres son las principales portavoces en la lucha contra el genocidio y el encarcelamiento: batallones de madres, hermanas e hijas de hombres asesinados o encarcelados se enfrentan con el control cada vez más profundo y creciente sobre las poblaciones pobres para que no se rebelen.

Todos estos temas —marginados en la gramática masculina del trabajo y el desarrollo— son objetivo primordial de la reorganización capitalista que estamos atravesando. Este obliga a un nivel más profundo en la escala de explotación y opresión para mantener los lucros de las clases dominantes. Aunque el capitalismo sea esencialmente patriarcal, reconoce el peligro de esta gramática organizativa y disputa, utilizando la cooptación, la domesticación o la represión de los movimientos feministas. Así como al intensificar la violencia contra el muro de

las mujeres de las favelas que, en defensa de la vida, actúan como barrera para la expansión del capital con sus privatizaciones y medidas de «ajuste».

<64> Más que eso: las mujeres empobrecidas, aunque no se reconozcan en la palabra feminismo, cuando son despojadas violentamente de casi todo, tocan con sus cuerpos el *punto cero*, y emergen de él defendiendo lo que queda de los mismos, al igual que lo que aparece en la superficie, como la sustancia que urge visibilizar y radicalizar en todas las luchas anticapitalistas: la defensa de la vida.

Solo es posible defender la vida en su totalidad si se está en contacto permanente con ella, sus contradicciones y dimensiones más cotidianas e invisibles; por lo tanto, *no es posible concentrar poderes legítimamente: concentrarse requeriría distanciarse y la distancia obstaculiza la legitimidad*. De esta lógica surge, a veces, el cuestionamiento también de las mujeres que quieren legitimarse desde privilegios de clase, de jerarquías, o de la defensa de una supuesta «racionalidad y pragmatismo político» que hace la vista gorda de la reproducción de los mecanismos machistas por parte de los líderes hombres y las organizaciones.

Estas redes y gramáticas feministas imponen nombrar y hacer visibles todos los trabajos disponibles para servir a su existencia, poniendo en jaque las jerarquías entre tareas y los argumentos de «autoridad técnica» o «teórica». *Desmantelado el fetiche, se les permite legítimamente hablar acerca de los problemas de todas las mujeres que los viven, extendiendo la red feminista más allá de los lugares a los que llega el término, arraigando su incidencia en la realidad y renovándola*

con las nuevas contradicciones y respuestas agregadas a cada nuevo momento de expansión organizacional.

Revisitar —desde la perspectiva de esta gramática— la praxis de las mujeres en las favelas y ocupaciones es otro paso más que anhela rehacer la unidad de la vida subordinada, entrelazando a mujeres y a perspectivas diversas por vías impensables dentro de formas anacrónicas de organización que han sido impermeables a los cambios que nos han impactado como pueblos explotados a lo largo de las últimas décadas.

<65>

Nuestra formulación abarca cada vez más dimensiones de la vida y la traducción de esta gramática organizativa, en un desarrollo vivo y contradictorio, se afirma en *nuestra búsqueda de construir narrativas y herramientas de lucha que puedan ser alteradas, comprendidas y operadas por cualquier mujer trabajadora, favelada y madre.*

5. Apuntes para un feminismo antirracista después de las caravanas de migrantes

Amarela Varela Huerta

Para Guadalupe y para todas las niñas en Mesoamérica, las que migran y las que consiguen quedarse

A modo de introducción

En octubre de 2018 el mundo entero siguió el éxodo forzado de por lo menos una decena de caravanas protagonizadas por más de veinte mil «migrantes» en su mayoría hondureñ*s que huían de la miseria y la violencia, de las maras y de las maquilas del lugar donde nacieron. Entre los caravaner*s, además de hondureñ*s, había nicaragüenses, estudiantes, familias de campesin*s, que se fugaron de la persecución política del régimen de Daniel Ortega. También los compusieron salvadoreñ*s, guatemaltec*s, familias garífonas que acumulaban en el cuerpo diversos desplazamientos forzados.

Éxodo de familias, algunas de las cuales caminaban con niños que amamantan. Incluso había niños y niñas no mayores de 15 años caminando solos pero abrazados por los miles de caravaner*s que decidieron caminar en masa, fuera de las sombras, a plena luz del día por las carreteras más peligrosas del continente, esas que unen el circuito del extractivismo

minero, con la distribución de la industria de la droga, con las grandes urbes fincadas a merced de las maquiladoras de capital múltiple.

<68> Y fue así que, entre octubre de 2018 y abril de 2019, los pueblos de las grandes capitales de Mesoamérica vimos pasar por nuestra rutina cotidiana contingentes de madres con niños en brazos, mochilas al hombro y la determinación de huir de pesadillas con una diversidad de actores y tramas. Las mujeres que caminaban para preservar la vida nos explicaron con sus cuerpos, con su caminar, con sus carriolas, con palabras concretas pero asertivas de dónde y de qué huían, coincidiendo todas en que sobre todo se fugaban de la reforma laboral en Honduras, las microviolencias de sus «pares» (sus maridos o familiares) o de la violencia de las maras, los sicarios y/o la policía de ahí donde se fugaron. Además, y de forma generalizada, de la intemperie que provoca la impunidad con la que operan todos esos actores frente a los gobiernos domésticos.

Las respuestas entre quienes escuchamos y vimos a l*s caravaner*s fueron variadas: algunas de nosotras ayudamos con agua, comida, refugio, caminando por tramos con ellas, intentando viralizar por las redes sociales las razones de su éxodo, el proyecto de entregarse a la «migra» norteamericana para demandar asilo político, refugio, papeles. Muchas pusimos el cuerpo y llamamos a tod*s a abrazar el caminar de los caravaner*s. Considero muy importante dejarlo claro, la respuesta de las personas, más allá de las organizaciones de la sociedad civil, de los pueblos que vieron pasar el éxodo fue de solidaridad activa y de apoyo manifiesto, lo

que llamamos «hospitalidad radical». También de estupefacción. Las familias que vimos caminar nos «espejaban» en muchos sentidos.

En otros textos ya he propuesto la metáfora de que las caravanas de 2018 son además de una forma de autodefensa migrante, una novedosa forma de transmigración en la región, un ejercicio de autocuidado colectivo (Glockner, 2019), una rebelión contra el gobierno global de fronteras, más específicamente contra los efectos del Plan Frontera Sur —la versión mexicana de la política global que hoy intenta gestionar las fronteras: externalización y securitización (Varela, 2018).

<69>

Una de las metáforas que mejor expresan las caravanas de migrantes, que intentaron desafiar el neoliberalismo y la violencia que asfixia América Central, es la que propuso el diario *El Faro* cuando llamó a este éxodo un virtual «campo de refugiados en movimiento». Nosotras completamos: el éxodo centroamericano puede ser explicado como un virtual campo de refugiados en movimiento atravesando un territorio en el que los gobiernos les han declarado la guerra a sus ciudadanos empobrecidos por el neoliberalismo.

Si bien estos éxodos recibieron muestras de xenofobia institucional, pues las fuerzas policiales de los países que atravesaron (Guatemala, México y Estados Unidos) «cazaron», mantuvieron en detención sin debido proceso judicial y, finalmente, deportaron a buen número de núcleos familiares, hubo también muestras de racismo social. Xenofobia manifiesta que los pueblos migrantes de la región opusieron de manera abierta en sus redes

sociales, en los medios masivos de información locales e, incluso, con manifestaciones públicas en los lugares que atravesaban.

<70> Por todo ello, este trabajo se pregunta por los procesos sociales que, en forma compleja, se entrelazan para explicar las motivaciones para los éxodos, las condiciones en las que atravesaron las caravanas por los países que transitaron y la respuesta abiertamente contrainsurgente de los gobiernos de la región. Preguntas que parten de una interpretación feminista de las migraciones contemporáneas y que se plantean como desafío más que teórico, abiertamente político, a los movimientos de mujeres en el continente.

Este esfuerzo se ancla en el acompañamiento de lo que llamamos «antropología de la emergencia» (Re Cruz, 2018), o el ejercicio de «caminar preguntando» con los y las caravaneras. Una deriva investigativa que sigue en proceso, tanto como la vida de esas familias que sigue atrapada en dispositivos de confinamiento y espera en las franjas fronterizas del norte de México, dialogando a la distancia con mujeres deportadas desde Estados Unidos y mujeres que ya consiguieron atravesar las muchas y muy militarizadas fronteras, para asentarse en ciudades norteamericanas. Ciudades en las que los hijos que caminaron con ellas ya van a la escuela y juegan en los parques de barrios hiperprecarios, conviviendo con desplazados de muchas otras guerras globales.

Todas estas mujeres interlocutoras que conocí en el marco de la Caravana o Éxodo centroamericano de octubre de 2018, cuando acompañé como activista, como madre mexicana, como profesora especialista en migraciones y como feminista mesoamericana a las mujeres y a sus hijos que en

caravana desafiaron la muerte, desacomodaron la gramática de las migraciones, pusieron en crisis la pornonecropolítica de la re/presentación de las migraciones y nos recordaron a todas una forma de lucha concreta por preservar del terror y la muerte la vida propia y la de los hijos: la migración.

Así pues, en este ensayo me interrogo sobre la naturaleza de esta nueva forma de agencia política migrante, que es a la vez una novedosa forma de transmigración y migración forzada. Haciendo uso de la propuesta epistémica de la interseccionalidad feminista (Viveros, 2016), adelanto pistas sobre algunas de las preguntas motor del feminismo de quienes somos antirracistas: ¿son las caravanas migrantes una rebelión contra el gobierno global de las migraciones? ¿Qué imaginario político se pone en marcha en el acto de caminar en masa persiguiendo la vida? ¿Qué palabras, conceptos, marcos referenciales sirven para leer estos procesos y comprenderlos en su complejidad? ¿Cuáles de estos marcos quedan desbordados y cómo abrazar, además de con la solidaridad hacia l*s caminantes, este novedoso fenómeno social desde la socioantropología que piensa los movimientos sociales en lo contemporáneo?

<71>

Las luchas migrantes y los feminismos. Una apuesta por emparentarlos

En la literatura de las migraciones existe un subcampo que combina la sociología de los movimientos sociales con la de los movimientos migratorios, a esa mirada interdisciplinar la llamamos «sociología de las luchas migrantes» (Varela, 2015). En un debate amplio y multilingüe, esta sociología piensa

la acción colectiva de l*s migrantes, sus diferentes expresiones y modalidades, estrategias, actores, alianzas y contextos. Pero ni ese andamiaje teórico da el ancho para interpretar con la eficacia y en los tiempos que esta, por otro lado, crisis humanitaria nos demandó entonces, ni nos sigue ofreciendo claves epistemológicas para interpretarla.

<72>

En ese sentido este ensayo es un esfuerzo en la línea del activismo epistemológico al que nos interpela la realidad. Una apuesta lo mismo política que epistemológica (pues encontrar las formas de narrar lo vivido también es político), porque la caravana, las mujeres y los varones que la conformaron, l*s niñ*s que la caminaron, desacomodaron la «gramática de las migraciones» vigente hasta antes de su caminar en masa.

Por gramática de las migraciones me refiero a los discursos, pero también a las prácticas, con que se comprenden, se narran y se gobiernan los movimientos de personas en lo contemporáneo. Sin ser exhaustiva en dicha gramática, existe una premisa (una fantasía compartida por diversos actores) de que las migraciones pueden gobernarse para que sean «seguras y ordenadas», para que obedezcan las normas que el neoliberalismo ha impuesto para atravesar fronteras y para que las personas, que migraron o fueron desplazadas, permanezcan en los lugares donde consiguieron asentarse de forma «legal». A estas apuestas, las instituciones, los expertos, los técnicos y uno que otro medio especializado llaman *migration management* (Gosh, 2000). Apuestas aderezadas con el lenguaje del derechohumanismo liberal que en las últimas dos décadas ha engrosado la batería discursiva con la que gobiernos, instituciones supranacionales y

el empresariado doméstico y multinacional han «engalanado» la suma de prácticas confinatorias para migrantes, desplazados y refugiados en el mundo (Mezzadra y Neilson, 2017).

Por ello, para interpretar en qué sentido las caravanas o los éxodos de familias centroamericanas por Mesoamérica desafiaron hasta desacomodar esta gramática de las migraciones, este trabajo se plantea compartir con las luchas feministas contemporáneas unas primeras líneas de fuga que se convirtieron en hipótesis para la escritura de este texto.

<73>

Las caravanas de migrantes

En octubre de 2018 partió desde San Pedro Sula una caravana conformada por familias hondureñas autoconvocadas por redes sociales con rumbo a la frontera de México y Estados Unidos. El objetivo de esa caravana era muy concreto: atravesar tres países sin pagar coyotes, caminando de día, todos juntos hasta alcanzar las garitas de los pasos fronterizos que dividen América Latina de Estados Unidos, donde se entregarían a los agentes migratorios estadounidenses para demandar asilo político.

Organizadas en asambleas por departamentos (provincias) o países, caminaron con el acompañamiento fiel y continuado de monjas, antropólogas y jóvenes juristas y presenciaron la aparición furtiva de falsos profetas, fueran periodistas, exdiputados, curas o jóvenes activistas antifronteras. Conforme avanzó, la caravana fue creciendo en número de personas y en atención mediática hasta sumar más de 12 mil personas. La mitad de ellas mujeres, niños y niñas, caminando a destiempo de los contingentes de varones que no las esperaban, durmiendo en

las plazas o calles de ciudades, en tramos carreteros sumamente peligrosos. Soportando temperaturas invernales por las noches y deshidrataciones por calor extremo durante el día. Siendo entrevistadas (pero también acompañadas, abrazadas) por un ejército paralelo a las burocracias y los agentes de migración: los y las periodistas.

<74> Esta caravana, que los propios caminantes llamaron después «Éxodo Centroamericano» atravesó México (un país frontera y tapón que está deportando a 9 de cada 10 personas que intentan llegar desde Mesoamérica a Estados Unidos, gracias a las políticas de «externalización de fronteras» MadeInUsa) en cinco semanas. A pie. Caminando con mochilas y carriolas. Sufriendo fumigaciones «preventivas», hambre, sed, deshidrataciones, acoso policial. Pero también devalando con su caminar un país santuario, construido de microprácticas de sus iguales, pueblos de familias empobrecidas y subsumidas en lógicas de terror por parte de ejércitos privados indirectos (conformados por sicarios y funcionarios públicos que trabajan administrando diversas industrias criminales).

En el sur de México, la caravana fue recibida con bandas municipales de comunidades indígenas que además de ofrecer frijoles y tortillas, abrazaron con música el éxodo que los dejaba estupefactos. En el centro del país, el éxodo fue recibido en diferentes puntos carreteros por grupos de ciudadanos que, autoorganizados como cuando el terremoto de 2017, prepararon comida, acopiaron ropa de abrigo o acercaron agua y suero a las familias.

Conforme se acercaban al norte, a Estados Unidos, la solidaridad disminuyó y la xenofobia aumentó. Atravesando ciudades pequeñas y

grandes metrópolis, los y las caravaneras consiguieron llegar a Tijuana. Hasta su llegada a la franja fronteriza con Estados Unidos, la caravana pudo ser pensada como un acontecimiento político. Cuando ya en esa ciudad fronteriza se le confinó a la espera, cuando se lo acorraló hasta la asfixia, el Éxodo se configuró como una crisis humanitaria en la que las familias gaseadas por agentes norteamericanos representan un síntoma del neoliberalismo contemporáneo.

<75>

Entender en qué sentido operó una contrainsurgencia contra esta nueva forma de lucha migrante, al mismo tiempo que novedosa estrategia de trans migración, sería motivo de otro ensayo, pues el rea-comodo de las estrategias regionales y domésticas de los países involucrados es un tema complejo y en constante redefinición. Pero, adelantamos, podría definitivamente resumirse en torno a tres tipos de respuesta: confinamiento, militarización y deportación masiva de familias.

Sigamos enfocándonos en interpretar el éxodo como una práctica de insurgencia que desacomodó la gramática de la industria del terror en torno a la migración, pues arrebató un número aún no calculado de dinero a polleros, secuestradores y agentes migratorios que extorsionan a los miles de migrantes que cada año intentan migrar o regresar a casa (EEUU) después de ser deportados. El éxodo también desacomodó la industria de las migraciones, la industria carcelaria, la industria de la solidaridad, la hospitalidad en la migración, porque desafió por su volumen y por el protagonismo de l*s propi*s migrantes las formas como se ha gestionado el tránsito de estos colectivos por México.

Así pues, propongo: el éxodo de familias de Mesoamérica en caravana significó un ejercicio de autocuidado colectivo que provocó un giro semántico que todavía no encuentra signos precisos; y que, como todos los giros copernicanos, se resisten a dejarse cristalizar en nuevos paradigmas. Otra vez, generando más preguntas que respuestas: ¿Qué parte de las fugas de estas mujeres son estrategias antipatriarcales que abren horizontes de vida para quienes nos quedamos? ¿Cómo abrazamos esas luchas las mujeres feministas?

<76>

Intuyo que entender el éxodo centroamericano como acontecimiento político pasa por comprender la potencia política de la imaginación que l*s caravaner*s desplegaron a partir de tres prismas:

La caravana como una rebelión. Donde el trabajo de Silvia Federici en torno a las rebeliones heréticas que se opusieron hasta donde pudieron a la transición epocal del feudalismo al capitalismo nos da muchas pistas. Luchas de sujetos no ideológicamente conectados, pero cuyas prácticas latentes manifiestas, las de las mujeres y el autogobierno de sus cuerpos y sus recursos de sobrevivencia cotidianos, amenazaron al viejo y al nuevo régimen. (Federici, 2004)

La caravana como un movimiento social de mujeres preservando la vida. El feminismo comunitario de Julieta Paredes (2014) y la lectura del sostenimiento de la vida por las tramas comunitarias que hace Gladys Tzul Tzul (2016) pueden explicar la caravana como una lucha de las mujeres por la vida.

La caravana como una insurgencia, de esas que provocan cambios en la gramática de la multitud a un ritmo diferente que las luchas trans y posmodernas de la discoteca del posmarxismo, insurgencias más a la manera de *Los ritmos del Pachakuti* que nos dibujó Raquel Gutiérrez (2011). Luchas por la autonomía que aseguren la sobrevivencia al margen de la lógica de muerte del capitalismo neoliberal.

<77>

La caravana como una estrategia de autodefensa migrante, de autocuidado colectivo (Glockner, 2019), como nuevo tipo de lucha migrante. Que es una forma de recategorizar la agencia política migrante.

Considero que conforme juguemos las categorías de cada prisma en diálogos poscaravaneros con quienes lo protagonizaron, las intérpretes de las migraciones y los feminismos iremos encontrando certezas, ecos, reflejos.

A modo de conclusión

En el marco del Primer Encuentro Internacional de Mujeres que Luchan, celebrado en territorio zapatista en marzo de 2018, luego de una intensa deliberación por parte de las ocho mil mujeres ahí reunidas de todas partes del mundo, se construyó el acuerdo de mantenernos vivas y celebrarlo.¹ De ahí la relevancia de proponer las caravanas y

¹ Véase: «La Palabra Zapatista en el PEIM» en *Luchadoras*, disponible en <https://www.youtube.com/watch?v=vLAphvGwko8>; y «Decidimos vivir» en RompevientoTV, disponible en [https://www.jornada.com.mx/2019/11/01/opinion/024a1pol?fbclid=IwARoYpegACmpL1qxmx_HH-yhubU88LPxdddWc-z2S\]kIK\]bDoCPvw1tEvXadA](https://www.jornada.com.mx/2019/11/01/opinion/024a1pol?fbclid=IwARoYpegACmpL1qxmx_HH-yhubU88LPxdddWc-z2S]kIK]bDoCPvw1tEvXadA); consultados en octubre de 2019.

éxodos de familias desplazadas desde América Central por el terror, la miseria y las microviolencias patriarcales como una lucha de mujeres, además de una lucha migrante.

<78>

Sirva pues este relato desde la retaguardia, que se basó en seguir el caminar de los y las caravaneras desde el terreno y desde el ciberespacio, apenas como cronista, como aproximación a un feminismo migrante y antirracista que comienza a trazar agenda común de forma manifiesta, pero que abreva de los saberes de las luchas de mujeres que han preservado, con diferentes prácticas, las tramas comunitarias que defienden no solo la vida de l*s amerindi*s sino también a la naturaleza donde habitamos, la madre tierra.

Una forma concreta de feminismo en el que las protagonistas son mujeres y niñ*s que se mueven para dejar atrás el terror y la miseria, que con la migración y las formas de autocuidado colectivo que describimos antes aportan con sus estrategias, sus luchas, sus devenires, sus dolores, sus rabias, sus pesadillas, sus sueños, sus formas de nombrar la barbarie y sus formas de sostener la esperanza, sus mecanismos para preservar la vida, sus fugas, nuevos repertorios de protesta y nuevos significados de una apuesta del feminismo global: el derecho a vivir una vida vivible.

Esta es pues una primera crónica que intenta tejer memoria de las caravaneras, si bien serán las muchas Guadalupe, como la primera bebé nacida en el éxodo, quienes, ya desde las universidades mexicanas y estadounidenses, a las que llegarán como intelectuales orgánicas como dice Aurora Levins (2004), quienes podrán narrar las genealogías de las luchas de sus abuelas por mantener con

vida a sus madres, con vida y a salvo de las maras, de los narcos, de los novios que golpeaban bien bolos (borrachos).

Que sirva pues este ejercicio de memoria como un epílogo de lo que hay que propiciar desde las universidades y los feminismos que habitan las aulas: las narraciones de las hijas del éxodo. Para que todas las Guadalupe que nazcan en campos de refugiados en movimiento elaboren sus tesis de grado con relatos sobre las luchas de sus madres; cuando, pasados los años, consigan acomodar las violaciones, el encierro en hieleras donde los separaron, los años que vinieron después de la «creíble» o la entrevista para justificar su petición de asilo con jueces norteamericanos, el tiempo con el grillete que las convirtió en instrumentos de delación, en literales dispositivos necropolíticos sembrados en comunidades que las evitaron por el miedo de ser ellas mismas detenidas y deportadas, los tiempos difíciles de las tardes del *homework* en que apenas pudieron asistirles por su monolingüismo, ese que se produce si trabajas «sin papeles» o ilegalizada por el Estado y el mercado en jornadas de hasta 12 horas por 20 años, y en los que te comunicas con tus pares en castellano y por eso no aprendes inglés.

<79>

Guadalupe, sus amigas, sus primas que llegaron después con coyote, o las que la estaban esperando del otro lado del muro, serán ellas las que nos cuenten, en sendos trabajos autobiográficos y etnográficos qué carajo fue la caravana migrante en cuyo marco sus madres, sus hermanas, sus primas y ellas mismas consiguieron el derecho a seguir vivas y, si bien explotadas y creciendo en medio de sociedades hiperracistas, también felices, festejando.

Mientras llegan estas niñas, y todas las que sobrevivan a la *guerra total contra l*s migrantes* que hoy despliegan los gobiernos y ejércitos privados indirectos de muchos países, trataremos de comprender ese momento histórico que propongo entender como giro gramatical en donde las víctimas se volvieron «caravaneras» y nos enseñaron a muchas mujeres, madres, hijas, compañeras, que ellas a su manera practican un feminismo emergente, migrante y antirracista. La vida en diáspora que consiguió fugarse del terror.

Bibliografía

- Cruz, Alicia Re (2017), «Antropología de Emergencia en el trabajo con menores y mujeres centroamericanas en busca de asilo», *Astrolabio. Revista Internacional De Filosofía* (online), núm. 19, pp. 207-217
- Federici, S. (2004), *Calibán y la bruja: mujeres, cuerpo y acumulación originaria*, Madrid y Buenos Aires, Traficantes de Sueños y Tinta Limón.
- Ghosh, B. (ed.) (2000), *Managing migration: time for a new international regime?*, Oxford, OUP.
- Glockner, Valentina, «Las caravanas de migrantes como estrategia de movilidad y espacio de protección, autonomía y solidaridad para los adolescentes centroamericanos», *Iberoforum*, núm. 27, en prensa
- Gutiérrez Aguilar, R. (2011), «Los ritmos del Pachakuti». Cómo conocemos las luchas de emancipación y su relación con la política de la autonomía», *Desacatos*, núm. 37, pp. 19-32.
- Levins Morales, Aurora (2004), «Intelectual orgánica certificada» en *Otras inapropiables. Feminismos desde las fronteras*, Madrid, Traficantes de Sueños.

- Mezzadra, S., y B. Neilson (2017), *La frontera como método*, Madrid y Buenos Aires, Traficantes de Sueños y Tinta Limón.
- Paris, Dolores, et. al., (2018), «La caravana de migrantes centroamericanos en Tijuana», *Diagnóstico y propuestas de acción. Tijuana* (online), Tijuana, COLEF.
- Tzul Tzul, G. (2016), *Sistemas de Gobierno Comunal Indígena. Mujeres y tramas de parentesco en Chuimeqena*, Guatemala, Instituto Amaq.
- Virno, P., (2003), *Gramática de la multitud. Para un análisis de las formas de vida contemporáneas*, Traficantes de Sueños, Madrid.
- Varela, Amarela. (2018), «La rebelión de las víctimas del Plan Frontera Sur», *Animal Político* (online), 13 de noviembre de 2018.
- _____ (2012), «Luchas migrantes: un nuevo campo de estudio para la sociología de los disensos», *Andamios. Revista de Investigación Social* (online), núm. 12, mayo-agosto.
- Viveros, Maya (2016), «La interseccionalidad: una aproximación situada a la dominación», *Debate feminista*, núm. 52, pp. 1-17.

6. Nuestras luces en la penumbra: potencia feminista y urgencias destituyentes

Alondra Carrillo Vidal y Javiera Manzi Araneda

Previo al 8 de marzo de 2019 y a la imagen que cristalizaría las largas jornadas de trabajo, los diálogos extenuantes, las articulaciones múltiples y los desvelos comunes, la impresión más recurrente con la que nos encontrábamos al plantear la idea de una huelga general feminista era la incredulidad. No es de extrañar. Hablábamos de huelga para llamar a paralizar trabajos que nunca habían sido considerados como tales, hablábamos de huelga para nombrar eso que aparecía como un deseo incluso en quienes pensaban que nunca podrían parar. Planteamos este proceso en un país donde el derecho a huelga no existe debido a las transformaciones neoliberales que la redujeron a su mínima expresión. Donde la expansión del trabajo precario e informal ubica un límite de entrada a las posibilidades de una acción colectivamente organizada, que pudiera enfrentar los costos y las tareas propias de una huelga efectiva. ¿Cómo no iba ser incredulidad la respuesta cuando la reposición de esta herramienta, se levantaba en clave de proceso desde el movimiento feminista y no, como pudiera haberse pensado, desde las voces históricamente autorizadas para nombrar las herramientas propias de la clase trabajadora? En esa realidad, el llamado a la huelga general feminista parecía una quimera, un delirio o simplemente un ruido inaudible.

Las miles que fuimos haciendo nuestro este proceso y lo empujamos desde todas partes, viéndolo multiplicarse con la capilaridad propia del impulso feminista, avanzábamos ante esa incredulidad como quien avanza a tientas en un terreno oscuro. Nos guiaba una suerte de convicción compartida que nos llevó a caminar juntas, sostenidas por una superficie que íbamos sintiendo, a cada paso, lo suficientemente firme. Un soporte hecho de todas las experiencias históricas de esta y otras latitudes sobre las que descansaba la certidumbre de nuestra apuesta, como la expresión de una voluntad que era, a su vez, expresión de una necesidad y un deseo, de un pensamiento colectivo en pleno proceso de despliegue.¹

La forma que asumió el llamado a la huelga en nuestro país tuvo, desde el inicio, un tono singular que hoy atraviesa las caracterizaciones que se desarrollan en otros territorios. Se trata de la particularidad de concebirla como general y feminista y desplazar con ello la clave instalada hasta el momento en otros países en la forma del paro nacional de mujeres. Esa particularidad se sitúa en parte en las condiciones excepcionales de hablar de huelga en un territorio como el nuestro, que convertía al llamado en una necesaria paradoja que desafiaba la lógica inmediata y nos daba ocasión para torcer su sentido restrictivo. Lo dijimos así: «Nos iremos a la huelga en un país que nos la niega, para recuperar y reinventar esa herramienta crucial en la lucha política por una vida distinta».² Fue precisamente esa paradoja la que nos llevó a decir que para poder recuperar esa herramienta era necesario que la huelga no fuese *una*

¹ Columna: «Este 8 de marzo la Huelga Feminista, ¡Va!» publicada en *The Clinic online* el día 8 de enero de 2019.

² *Ibidem*.

sola cosa: la huelga debía contener tantas formas de movilizarse como realidades desde las cuales pensar nuestra participación, con toda la radicalidad en que ello fuese posible. Por eso fue que inventamos más de 100 formas de hacer huelga, haciendo eco de la creatividad e imaginación desplegada previamente en lugares como España y Argentina. Huelga general feminista mediante la huelga de consumo, la huelga de cuidados, el paro efectivo y el desarrollo continuo de una jornada de protesta. La huelga, en fin, como una interrupción de la normalidad, de esa normalidad que sindicamos desde el inicio como el problema y cuya impugnación encontraría su eco, luego, en las paredes de la revuelta.

<85>

Porque no nos interesaba la posibilidad de ser reemplazadas durante esa jornada en el inagotable circuito de la explotación, productiva y reproductiva, y porque íbamos a hablar de *todo* y expresar nuestra fuerza en *todas partes*, le llamamos a esta huelga una *huelga general*. Y le llamamos al mismo tiempo general y feminista, más allá de la aparente contradicción que esto le presenta a algun*s, porque seríamos mujeres y disidencias —lesbianas, trans, travestis, no binari*s—, quienes protagonizaríamos este llamado que dirigimos al conjunto de la sociedad. Pondríamos por delante el programa contra la precarización de la vida que construimos juntas en el primer Encuentro Plurinacional de Mujeres que Luchan.³ Una reflexión feminista que al ser transversalizada en las orientaciones y reivindicaciones de los movimientos sociales, hizo de nuestras vidas, diversamente situadas y atravesadas por complejos de violencias múltiples, un problema político.

³ Encuentro que hoy lleva el nombre de «Encuentro Plurinacional de las y les que Luchan».

La centralidad de la noción de *precarización de la vida* surgió al momento de analizar que, tras años de movilización feminista, estábamos inscritas en un relato que nos narraba como víctimas de las violencias que habíamos salido a denunciar y gritar a viva voz, agotando desde allí nuestra capacidad de hablar de nosotras mismas. Con la intención de movernos de ese lugar, en enero de 2018 nos llamamos a pasar a la ofensiva como sujetas políticas. Nos llamamos a hablar de nuestra vida entera, y de cómo la violencia patriarcal es inseparable e incomprendible por fuera de todas las condiciones de esa vida que queríamos cambiar en su totalidad. La precarización de un sistema de salud público colapsado y desfinanciado, y de un sistema de salud privado controlado por empresarios fundamentalistas que nos niegan el derecho a decidir sobre nuestros cuerpos y vidas; de la imposibilidad, permanente y creciente, de acceder a la vivienda; del trabajo precario y flexible como respuesta neoliberal para nuestra «integración» al mercado laboral; de un extractivismo depredador que persigue y asesina a quienes luchan, que fuerza a migrar de nuestros territorios o a vivir expuestas a la contaminación y sus efectos en las vidas de nuestras comunidades; de un sistema de pensiones diseñado para la especulación financiera, estructuralmente ciego al trabajo reproductivo, de crianza y de cuidados; de una legislación migratoria racista que crea terrenos de absoluta vulnerabilidad y desprotección; de vínculos personales imposibilitados de gozarse, por la falta de tiempo y espacio para compartir la vida misma, por la persecución lesbodianta, por los mandatos binarios que «rigidizan» nuestras formas de desear y de habitar el mundo; en fin, estas y otras múltiples formas de violencias que estructuran nuestras

vidas y que solo se acentúan con el tiempo. A ese entramado subterráneo, visible indefectiblemente como resistencia y límite a nuestra acción contra la violencia patriarcal, le llamamos precarización de la vida. Nos propusimos luchar contra ella, mediante la huelga como proceso, y abrir de ese modo un nuevo momento en la historia de nuestro país, en sintonía con el vértice histórico que veíamos abrirse en todo el mundo ante un escenario de crisis global. Una crisis que, sabíamos, no haría sino agudizarse.

<87>

La revuelta en la revuelta: feminismo y urgencias destituyentes

Al inicio de la semana de ese primer 8M de huelga, temprano por la mañana del lunes 4 de marzo, centenares de mujeres y disidencias realizamos una acción que quedaría marcada en la memoria colectiva. Coordinadamente y moviéndonos una vez más como un mismo cuerpo, intervinimos la red del Metro de Santiago para hacer aparecer, sobre ella, una nueva red articulada con la memoria de las que nos habían antecedido. Muchas y al mismo tiempo, cambiamos los nombres de más de 50 estaciones de metro encontrando la confianza en nosotras mismas y en nuestra capacidad de intervenir una ciudad que no nos nombra. Hoy, que miramos ese momento atravesadas irreversiblemente por la experiencia de la revuelta popular, salta a la vista la reiteración del Metro como un lugar en el que se escenifica la imagen que condensa el gesto de rebeldía que antecede el momento del estallido. Nosotras, nosotres, irrumpiendo en el espacio público con una memoria viva: la de sindicalistas, feministas obreras de la pampa salitrera, defensoras

de la tierra, el agua y las semillas, travestis, artistas, intelectuales, partisanas, mapuche, pobladoras. Esa, nuestra aparición pública, fue la imagen condensada que anticipó el 8 de marzo en que tendría lugar la movilización más grande de la posdictadura en Chile. Sería luego, en octubre, que las y los estudiantes secundarios se abrirían paso entre las rejas de una estación de metro, saltarían los torniquetes, se deslizarían bajo ellos y harían aparecer una imagen que fue el antecedente del salto destituyente de la revuelta.

En los primeros días del estallido, las calles y muros de Santiago y de las distintas ciudades y pueblos de Chile sufrieron un cambio de piel. Los muros que solían sostener el mandato higiénico del borramiento permanente a toda intervención callejera, fueron desbordados por rayados de distinto color y forma que compartían la expresión más intensa de un momento de negación colectiva. Caligrafías anónimas que cubrieron de consignas las paredes de bancos, instituciones públicas, farmacias, negocios, universidades y panderetas con la necesidad cierta de decir *no* muchas veces y de todas las maneras posibles a una normalidad que nunca fue la deseada y que siempre fue el problema. Se expandía como un contagio latente a partir de la consigna abierta del «No+» y la multiplicidad de sus apropiaciones: «No + abusos», «No + represión» «No + muertes» «No + AFP», «No + educación de mercado», «No + TPP11», «No + miedo», «No + sexismo en la educación», «No + impunidad», «No + deudas», «No + femicidios». Fue, esto también, un eco de un momento anterior, cuando en 1983, a diez años del Golpe de Estado, el Colectivo de Acciones de Arte (CADA) realiza su primer

llamado a la «Acción No +», haciendo aparecer los gritos ahogados por la censura y la represión del régimen que anticiparon la ruptura que vendría con las jornadas de protesta nacional. En pleno estallido, los «no +» vuelven a emerger y a prefigurar una vez más el deseo de otra vida, de una vida sin miedo, de una vida mejor.

Este momento destituyente desató la embestida no sólo al presente, sino también a las continuidades de la violencia colonial en la ciudad. Destituir tomó esa forma material del derrumbe de una historia patrimonializada en monumentos de invasores y patriarcas. Cristóbal Colón en Arica, Pedro de Valdivia en Temuco, Francisco de Aguirre en La Serena, entre otros insignes, cayeron como parte de un acontecimiento que fue poética y épica de la potencia descolonizadora de la revuelta. Hacer caer estos símbolos del orden, esos que se pensaban imperturbables fue una de las demostraciones más poderosas de lo irreversible de este momento. Las ciudades no volverían a ser las mismas.

Lo que estaba en curso, incluso antes de levantamiento del viernes 18 de octubre, es la potencia de lo que hemos nombrado como un *momento destituyente*. Saltar el torniquete devino en una imagen que hizo de la desobediencia civil de secundarias y secundarios, frente al alza del transporte público, un acontecimiento político popular del que tod*s nos hicimos parte. Y así como los rayados cargaban el filo de una poética insurgente, las cuñas en televisión ya mostraban la transversalidad de la impugnación que se avecinaba. Quizás una de las más elocuentes es la realizada en el contexto de un matinal televisivo por parte de una vecina en la estación del Metro Plaza de Maipú: «Yo no estoy de

<90>

acuerdo que estén diciendo que esto es vandalismo. Esto no es vandalismo. La gente está protestando porque ya no damos más de los robos. Nos roban de las AFP, del agua, “la luz” y más encima los pasajes. Todo el año han estado subiendo los pasajes. Nosotros somos de la tercera edad y no nos alcanza como para estar pagando tanto pasaje. Así que yo se lo digo a ustedes».⁴ Lo que apareció entonces fue un giro radical en clave de lucha de clases a las políticas sectorizadas y de focalización que la transición había instalado para resolver demandas puntuales, ajustes medios e impugnaciones parciales con reformas acotadas y sostenidas en un modelo subsidiario. Como si se hubiese vuelto ciega de pronto a la distancia entre sus políticas focalizadas y la pulsación creciente de nuestra vida toda y de su potencia cada vez más incontenible, la ministra de Transporte declaró el 15 de octubre sobre las y los estudiantes: «No tienen un argumento, no aumentó la tarifa para ellos». El subsecretario del Interior, por su parte, con igual ceguera aparente, planteó: «Me llama la atención que el pasaje de metro no subió para los estudiantes, y ellos toman esa causa como una forma de protesta».⁵ La respuesta más contundente pudo verse en las mismas estaciones, donde contra todo pronóstico, la reacción ante las jornadas de evasión masiva fuertemente reprimidas, fue la entonación multitudinaria de un canto de otros tiempos que sonaba una vez más con una actualidad inesperada: «El pueblo unido, jamás será vencido». Nunca fueron 30 pesos.

⁴ Intervención en el Matinal «Bienvenidos» durante despacho en vivo, la mañana del 18 de octubre de 2019.

⁵ Véase <https://www.elmostrador.cl/dia/2019/10/15/gobierno-cuestiona-evasiones-masivas-de-estudiantes-en-el-metro-no-aumento-la-tarifa-para-ellos/>

El rechazo a las condiciones precarias del presente y la incertidumbre general ante un futuro sostenido en deudas y créditos fue parte de este primer impulso de la irrupción. Los *No+* se diseminaron como los rastros de una inundación irreversible, lo que, en palabras de Sarah Ahmed, muestra la intensificación de algo que no es otra cosa que aquella insistencia muy propia del feminismo donde el *no*, lo sabemos bien, es un trabajo político. Una vez más tenemos la necesidad de decir que *no* varias veces, incluso de decir «No es No» como hemos gritado antes para afirmar el lugar de nuestra voluntad frente al abuso. Decir que *no* a una forma de vida para destituirla, para destituir la represión policial y la persecución estatal, destituir la gobernabilidad neoliberal, la normalidad transicional y la tecnocracia como administración de lo mismo, destituir al fin la precarización de nuestras vida y todas la violencias que atraviesan nuestros cuerpos. Destituir es necesariamente imaginar otro posible y comenzar a constituir sus, nuestras, formas en el proceso.

<91>

Nuestras formas, aquellas que habíamos estado experimentado y ensayando durante los últimos años, irrumpieron como síntesis histórica en un momento crucial del estallido. La potencia feminista reverberó como una revuelta dentro de la revuelta el viernes 29 de noviembre en que nos convocamos desde distintos territorios a replicar en todas partes la performance: «Un Violador en tu Camino» del colectivo Las Tesis. En esos días la incertidumbre sobre el porvenir de la protesta aparecía como una inquietud insalvable: «¿Qué venía ahora?». Y fue entonces ese temblor del pavimento caliente con el coro rotundo de cientos de mujeres y disidencias gritando al unísono «el violador eres tú»,

<92>

bailando «y la culpa no era mía, ni dónde estaba, ni cómo vestía», y apuntando a los responsables de la violencia política sexual, «son los pacos, los jueces, el presidente», lo que nos trajo una vez más la certeza. La certeza de que no volveríamos a callar, ni a dejar que pasara a un segundo plano la urgencia que teníamos por no vivir más bajo el signo de la violencia y al mandato de vivirla como un asunto privado. La transformación radical de las claves de la política traía consigo, para nosotras, la necesidad impostergable de que esa experiencia que nos había movilizado, en este momento crucial de apertura, tuviese el lugar que le correspondía. Y fue con esa potencia de lo ineludible que volvimos a hacer aparecer la fuerza de nuestra acción política como presencia, como denuncia, como grito de guerra.

Han pasado ya cuatro meses desde que estallamos, y nos parece necesario reafirmar la cualidad destituyente de la revuelta popular. Radica en ello su potencia como un momento de imaginación radical que lejos de anticipar respuestas o cierres preestablecidos, abrió y sigue abriendo cursos aun inesperados sobre las formas de hacer política y sostener la vida. Lo político se expande así como una actividad que toma las calles y las plazas, los espacios de deliberación se intercalan con redes de cuidado, la elaboración de demandas y propuestas no es ya tarea de iluminados o del congreso, es tarea de vecinas y vecinos, de compañer*s de marchas, de la primera línea, de sindicalistas, de secundari*s, de poblador*s, de amig*s y de tant*s que se han aprendido a conocer y construir junt*s en estos cuatro meses de revuelta. Es por ello que insistimos en lo destituyente, por la necesidad de sostener esta

diferencia tras el acontecimiento de octubre, frente a la repetición de lo mismo que en Chile conocemos muy bien como «la medida de lo posible».

Nuestras luces en la penumbra

Las claves en que se ha desarrollado el debate político en nuestro país han desplazado el énfasis hacia los desafíos constituyentes de la revuelta; como feministas hemos sido parte de esa reflexión y de ese debate en múltiples espacios. Sin embargo, nos interesa revelar aquí este afán destituyente que se convirtió muy pronto en una de las cuestiones que más rápidamente se intentó sofocar y sustituir por propuestas que pudieran «conducir» en clave afirmativa las «demandas» de la revuelta. Frente a esta tendencia, encarnada por diversos actores sociales que veían en esta «pura negatividad» una falencia a ser solventada por las «claridades» de una orientación política «seria», como feministas opusimos una lectura diversa: la necesidad de contribuir a seguir haciendo avanzar esa potencia negativa que permitía ir profundizando la apertura histórica que constituye este momento. Contra quienes nos llamaron a vaciar las calles para demostrar esa supuesta «conducción y disciplina» se pronunció la realidad incontestable de un 25 de octubre en que salimos millones a llenar las calles desde Plaza de la Dignidad. Fueron esos momentos los que nos permitían avanzar pronunciando un NO rotundo que era sin embargo, al mismo tiempo, todo menos una desorientación sino, como en otros momentos que nosotras mismas habíamos protagonizado, una luz propia. La demostración de nuestra potencia buscando los caminos por los cuales conducir su

fuerza, sin que hubiese nadie que pudiera decirnos hasta dónde podríamos llegar si seguíamos insistiendo en la porfía compartida de rebelarnos.

<94>

El 15 de noviembre se suscribió en nuestro país un Acuerdo por la Paz Social y la Nueva Constitución. En medio de un escenario de terrorismo de Estado, se desarrolló este pacto político entre diversos sectores del parlamento⁶ que comprometieron con esto sus voluntades de sostener al gobierno criminal de Sebastián Piñera,⁷ a cambio de la posibilidad de reescribir la Constitución de la República. Ante esa búsqueda en la que estábamos inmersas, ante esa exploración que nos iba dotando de orientaciones propias, el Acuerdo fue como apagar la luz. A ese apagón le siguió un despliegue en el terreno mismo de la imagen: la plaza de la Dignidad cubierta de un manto blanco como el eco ominoso de las operaciones de limpieza en la dictadura. Una acción concertada y continua de la prensa que expresa sin tapujos los efectos de su monopolio. Una política legislativa, amparada por casi todos los sectores que participan en la política institucional, para cerrar filas en la defensa de sí mismos y garantizar la plena legalidad de la persecución política. La intención deliberada de devolvemos una imagen opaca en la que no podamos vernos, de confundirnos, hacernos vacilar, retroceder y acatar las nuevas condiciones de lo posible.

Afortunadamente, las feministas habíamos caminado ya alguna vez a tientas. Habíamos ensayado la confianza en los pasos que damos a oscuras,

⁶ Que cuentan, al día de hoy, con un 2 % de aprobación por parte de la población.

⁷ Que cuenta, al día de hoy, con cinco informes de misiones de derechos humanos que demuestran la vulneración sistemática de derechos humanos en el contexto de la revuelta.

sin más retroalimentación que la sonoridad de nuestras propias voces orientándonos en la penumbra. Habíamos descubierto la potencia de ir encendiendo luces propias que nos permitieran trazar los contornos de nuestro cuerpo colectivo. Podemos reconocer este trayecto en el que nos vamos constituyendo como fuerza y en el que vamos constituyendo nuevos horizontes políticos. Hoy, que somos parte y latido interior de una revuelta en pleno curso, podemos volver a encender esas luces tenues con las cuales vernos, volver a poner por delante la incertidumbre sobre lo que podemos. Ese temblor con el que se anticipa nuestro inminente reventar puede ser la vuelta de la confianza que necesitamos con urgencia.

<95>

Ahora que estamos juntas, ahora que sí nos ven.

7. Tejiendo caminos: del paro nacional al Parlamento Plurinacional y Popular de Mujeres y Organizaciones Feministas del Ecuador

Kruskaya Hidalgo Cordero,
Alejandra Santillana Ortiz y
Belén Valencia Castro

¡Si Dolores y Tránsito vivieran, con nosotras
estuvieran!

¡Somos las nietas del primer levantamiento!¹

Escribimos desde un nosotras que ensambla no solo a las tres voces que escriben este texto, sino que entreteje las conversaciones cotidianas, asamblearias y situadas que han ido surgiendo en el paro de octubre y luego de este. Conversaciones colectivas que se dan en la cama, la casa, las asambleas, los parlamentos y la calle. Diálogos que han llevado a profundizar nuestras vivencias de rebelión, lucha y combate frente a las violencias ejercidas por el Estado ecuatoriano y el gobierno de Lenin Moreno sobre los pueblos y cuerpos, nuestros cuerpos-territorios, y sobre todas las esferas de nuestras vidas.

¹Consignas cantadas en la marcha de mujeres del 12 de octubre de 2019 en medio del paro y el levantamiento. Dolores Cacuango y Tránsito Amaguaña son dos referentes históricos de la lucha indígena y popular en Ecuador. Nacieron a inicios del siglo XX, se formaron en los sindicatos agrarios, crearon la Federación Ecuatoriana de Indios, FEI en 1944 y dirigieron la primera huelga de trabajadores en Olmedo, Cayambe. Son símbolos de lucha y organización, tanto para el movimiento indígena y el campo popular, como para un feminismo de clase y anticolonial que ha ido surgiendo en los últimos años. Por último, la memoria del levantamiento indígena de 1990 acompañó la movilización de octubre y conectó dos procesos históricos que cambiaron al país.

<98>

Las reflexiones de este escrito surgen de las conversaciones, debates, vivencias y sueños que se han gestado colectivamente frente a dos procesos que tuvieron lugar en Ecuador entre 2019 y 2020 y que modificaron de manera profunda el sujeto múltiple, la correlación de fuerzas y el carácter de lucha en el país: el paro nacional de octubre del 2019 y el Parlamento Plurinacional y Popular de Mujeres y Organizaciones Feministas del Ecuador. Este texto es un ensayo en voz alta, que propone algunas pistas e intuiciones, para pensar desde el feminismo, el momento actual de movilización y organización social en nuestro país.

La restauración conservadora y el retorno de la noche neoliberal

El 1 de octubre de 2019, el presidente del Ecuador, Lenin Moreno, anunciaba el Decreto 883, que incluía seis medidas económicas y doce reformas económicas y laborales, tras la firma en marzo del mismo año, de un acuerdo entre el Estado ecuatoriano y el Fondo Monetario Internacional (FMI) para acceder a un primer crédito de 4.200 millones de dólares.

Entre las medidas del Decreto, figuraba la eliminación de los subsidios al diésel y la gasolina. En una economía dolarizada como la ecuatoriana, los costos de producción son sumamente altos. Una medida de tal envergadura, implicaba un impacto directo en la elevación generalizada de los precios, mucho más cuando el 40 % de la producción está fuertemente ligada a los combustibles. A nombre de transparentar los costos y de organizar la política económica del Ecuador alrededor del ajuste fiscal, la eliminación de los subsidios significaba un

incremento en el precio del transporte y en los costos de movilización, y esto a su vez en el precio de los alimentos, los medicamentos, las herramientas de trabajo. ¡El pueblo sabe que, si sube la gasolina, sube todo! Y es que una medida como esta afecta la vida de los sectores populares, de l*s pequeñ*s y median*s productor*s, de las capas medias precarizadas. Como parte del Decreto, se incluía la reforma en los contratos ocasionales que se renovarían con un 20 % menos de remuneración (recordemos que son mayormente las mujeres las que cuentan con este tipo de contratos). Este paquetazo se enmarca en una política sistemática de reducción del sector público. Paralelamente, el gobierno de Moreno establece la devolución automática de los tributos para los grupos exportadores, condona por quinta vez las deudas fiscales de los empresarios y determina la eliminación del anticipo del impuesto a la renta. Es decir, los grandes beneficiarios de lo que se denominó paquetazo neoliberal eran las élites económicas del país, mientras que las condiciones para la reproducción de la vida de las mayorías, se veían drásticamente afectadas.

<99>

Que viva la resistencia... caraju
 De los pueblos y comunas... caraju
 Bloqueando muchos lugares... caraju
 Conseguimos el respeto... caraju²

²Incorporamos a nuestro texto fragmentos de «Que viva la resistencia caraju!» cantado en el contexto del levantamiento de octubre por las hermanas indígenas (véase: <https://www.facebook.com/conaie.org/videos/710769996101830/>) y que se incluyó en el juicio popular a la ministra de gobierno, María Paula Romo, organizada por el Parlamento Plurinacional y Popular de Mujeres y Organizaciones Feministas del Ecuador (disponible en <http://www.informatepueblo.com/2020/01/un-juicio-popular-condena.html>).

Ante este anuncio, la Confederación de Nacionalidades Indígenas del Ecuador (CONAIE) junto al Frente Unitario de Trabajadores (FUT), el Frente Popular y el Colectivo Unitario de Organizaciones Indígenas, Populares y Sociales proclamaban el inicio de medidas de hecho e indefinidas en todo el territorio nacional. Era el comienzo de once días de insurrección popular que arrancó el miércoles 2 de octubre. La convocatoria se volvió autoconvocatoria y fue sostenida los primeros días por las federaciones de estudiantes secundari*s y universitari*s, los barrios, las mujeres y los colectivos urbanos. Se fueron sumando l*s trabajadores de las centrales sindicales y otros sectores laborales. Para el quinto día, los pueblos y nacionalidades llegaron a Quito en un histórico levantamiento indígena. El pueblo ecuatoriano y las organizaciones sociales, populares e indígenas sostuvieron once días el paro, a pesar del estado de excepción, la militarización parcial del país y el despliegue del aparato policial en las calles del Ecuador.

Pese al eslogan inicial del gobierno de Moreno dispuesto a dialogar con todos los sectores, la represión en esos once días fue brutal. El gobierno dispersó y buscó aplacar las manifestaciones militarizando Quito, que paulatinamente se veía asediada por vehículos antimotines. En la zona centro de la ciudad, donde se desarrollaron la mayoría de manifestaciones se respiraba gas lacrimógeno; la policía disparaba perdigones a quema ropa, amedrentando a l*s manifestantes con caballos y perros y restringiendo el libre uso del espacio público. En los once días de paro, a la par que el pueblo salía a las calles, las fuerzas represivas del Estado detenían ilegalmente a dirigentes estudiantiles e indígenas que

eran trasladados a unidades de flagrancia donde se violó el debido proceso. Paralelamente, la policía bombardeaba la Casa de la Cultura y las universidades que funcionaban como centros de acogida y refugio. En el paro, fue la policía en mayor medida y los militares en las áreas rurales, quienes desplegaron toda su violencia misógina, racista, clasista y aporofóbica utilizando —como bien señaló la compañera kayambi Blanca Chancosa— «de forma letal armas no letales»; estrategia represiva que se instaura en toda América Latina frente a las masivas movilizaciones y protestas de los pueblos.

<101>

Por otra parte, el morenismo apoyado en los grandes grupos económicos del país,³ estableció un cerco mediático ejecutado por los medios masivos. De esta manera, ocultó lo que ocurría en las calles y la responsabilidad del Estado. A la par, creó la idea de un enemigo interno: pasaron de ser los estudiantes vándalos que destruían la ciudad a las hordas correístas que querían provocar un golpe de Estado, al pueblo indígena infantilizado y cargado de resentimiento social que buscaba tomarse el país, al migrante antisocial y delincuente financiado por el castrochavismo. De esta manera, se alentaba a los sectores medios y altos conservadores del país a que desplegaran sus discursos de odio cargados de concepciones clasistas, racistas y xenófobas que justificasen la violencia estatal.⁴

³ Recordemos que el gobierno de Moreno se ancla en una coalición de clase que recupera el tronque propiamente neoliberal: agroexportadores, importadores y banqueros.

⁴ Una de las declaraciones más nefastas de esos días fue la que hizo el líder de la derecha socialcristiana y exalcalde de Guayaquil, Jaime Nebot, que ante la pregunta que le hiciera un periodista sobre si toda la fuerza pública y personal municipal sería suficiente en caso de que los manifestantes indígenas llegaran a Guayaquil, señaló «recomiéndeles que se queden en el páramo». El páramo es un ecosistema de altura que va entre los

Los once días de protestas dejaron 11 asesinad*s, 1.340 herid*s, 1.192 detenid*s ilegalmente, cientos de desaparecid*s, y decenas de personas que perdieron un ojo producto de la violencia policial. Para un pueblo que ha derrocado tres presidentes, frenado un Tratado de Libre Comercio, y gran parte de las políticas de ajuste en las décadas anteriores, la violencia y saña impartida por el Estado en octubre constituye un hecho inédito.

<102>

Cuando llegan militares... caraju
 Nos lanzan gases al cuerpo... caraju
 Con eso no nos asustan... caraju
 Mejor cogemos coraje... caraju

Nosotras que sostenemos la vida también sostuvimos el paro

En sol, en lluvia y en viento... caraju
 Luchamos por los derechos... caraju
 Comiendo granos del campo... caraju
 Soportamos la tormenta... caraju

El paro nacional no se explica sin el enorme trabajo afectivo y material que permitió su sostenimiento. Las dinámicas de solidaridad, horizontalidad, reciprocidad, autogestión y diálogo fueron determinantes para paralizar once días. Las mujeres fuimos fundamentales.

3400 hasta los 5000 m.s.n.m, y fue un espacio históricamente asignado a poblaciones indígenas en el momento de la organización colonial y posteriormente en la entrega de tierras. Los pueblos y nacionalidades que habitan en estas zonas son los principales cuidadores y criadores del agua. Enviarlos simbólicamente al páramo, equivale a reafirmar el carácter colonial y racista del Estado, pero también la negación de estos como sujeto político con decisión sobre el país.

En estos once días de movilización, las mujeres del campo y la ciudad luchamos de diferentes maneras. Disputamos el rol asignado por el heteropatriarcado que nos confina únicamente al sostenimiento de los cuidados en el ámbito doméstico. Nos rebelamos contra ese destino manifiesto, y es que como nos recuerda una compañera militante de Acción Antifascista: «Durante el paro, las mujeres no solo cumplimos el rol de cuidado de la vida, nosotras fuimos parte de la lucha en primera línea. Se cree que las mujeres solo nos debemos a las tareas domésticas para el sostenimiento de los procesos, ya sea en la preparación de ollas comunitarias, proporcionando primeros auxilios, sosteniendo los espacios de descanso, pero también, y de manera contundente, nosotras combatimos, estuvimos dirigiendo la pelea y ejecutando acciones ofensivas contra el gobierno neoliberal».

<103>

El paro fue un espacio que modificó la temporalidad colectiva y subjetiva, a la vez que desacomodó nuestro lugar en la reproducción. Las mujeres estuvimos lanzando piedras, con el pañuelo verde, pateando gases lacrimógenos, construyendo barricadas, repartiendo agua con bicarbonato y mascarillas, abasteciéndonos de piedras y adoquines que sacábamos de las veredas, recogiendo palos, puertas y cartones para elaborar escudos y cascos, quemando llantas, improvisando carretillas, guaridas y camillas. Hicimos de la incertidumbre y la improvisación un método de sobrevivencia y solidaridad. Simultáneamente, las compañeras indígenas y campesinas que llegaron a Quito y que dormían en refugios y centros de acogida levantados rápidamente, caminaban protestando, con l*s wawas al hombro o en la espalda, mostrándonos el sentido

comunitario que tienen los pueblos y nacionalidades en torno a la maternidad. Frente a la separación sistemática de la vida pública y privada, que coloca la crianza en el lugar de lo doméstico, las mujeres de las comunidades colocaban su experiencia en el apego corporal y el lugar de lo público. Para los pueblos indígenas, l*s wawas no forman parte de una vida separada y encerrada, son parte de la vida y sus complicaciones. Sea en el campo, sea en las asambleas de cabildo, sea en los paros. Como contaban las compañeras indígenas de la Ecuarunari, «ellas también habían llegado de la mano de sus madres a antiguos levantamientos».

Mientras tanto, otras mujeres, algunas feministas de la ciudad, asumían la responsabilidad de levantar cocinas comunitarias para alimentar tres veces al día a quienes protestaban, de organizar centros de acogida para el descanso diario de l*s manifestantes, de armar centros infantiles para el cuidado de l*s wawas, donde se impartían juegos y talleres; las estudiantes de medicina, las médicas y enfermeras convencidas de que su labor era salvar vidas, y conscientes de su sobreexplotación y precarización, conformaron brigadas médicas para atender a l*s herid*s. Otras generaron redes temporales para recoger alimentos, vestimenta, cobijas, medicinas y equipar los ya instalados centros de acopio que se concentraban en las universidades y sedes de las organizaciones. En esos días, hubo compañeras feministas cubriendo el paro a través de medios alternativos; mientras escribían textos, pronunciamientos, crónicas, tomaban fotos y enviaban información a nivel nacional e internacional, a la par, también sostenían las calles. Otras, a la distancia, en sororidad transnacional, organizaban plantones,

marchas, conversatorios y pronunciamientos apoyando el Paro e informando a la comunidad internacional de lo que pasaba en el país. Nuestra consigna era sin duda romper el cerco mediático.

Por su parte, las mujeres de pueblos y nacionalidades intentaban simultáneamente, cambiar la lógica guerrerista y violenta del Estado y buscaban estrategias para interpelar la humanidad en la policía: no nos maten más, dejen de reprimirnos exigían. Fueron ellas quienes convocaron a las organizaciones de mujeres y feministas de Quito a una asamblea en la mañana del 12 de octubre donde se resolvió convocar inmediatamente a una marcha que retirara el foco de violencia de las estancias cercanas al parque El Arbolito (epicentro de la resistencia) y que a la vez visibilizara en otros sectores de la ciudad las demandas que organizaban la protesta: el cese de la violencia estatal y la derogación del decreto 883.

La marcha se movilizó hacia el norte de la ciudad, a un sector que concentra gran parte del movimiento financiero y de las clases acomodadas, y terminó su recorrido en la estatua de Isabel la Católica, ubicada en las calles 12 de octubre y Madrid. Con el acto simbólico de arrojar pintura roja sobre Isabel la Católica y el recordatorio justo que hizo Blanquita Chancosa, líder indígena del pueblo kayambí, sobre los 527 años de resistencia de los pueblos, dejamos en claro que estábamos allí para defender la vida digna contra el saqueo, el despojo y el olvido. Las voces de todas recordaban que nunca más el poder tendría la comodidad de nuestro silencio, y que romper ese silencio pasaba desde ese momento, por la necesidad urgente de construir un movimiento plurinacional, popular, antirracista, antipatriarcal y anticapitalista.

Esa misma tarde, el gobierno hacía un nuevo intento desesperado para frenar la protesta y decretó toque de queda, que como en los anteriores intentos, fue desobedecido por el pueblo ecuatoriano. Quienes formaban parte de Mujeres contra el Paquetazo convocaron a un cacerolazo para la noche de ese mismo día. En todo Quito el sonido de las cacero-las marcaba para el continente una nueva poética sonora de la desobediencia y la dignidad. En toda la ciudad, incluso en algunos de los barrios acomodados, el pueblo dejaba claro que no quería más represión, para nosotr*s las vibraciones de los cacerolazos eran las vibraciones del desacato.

De la resistencia a la lucha

El levantamiento nos mostró que, pese a las debilidades, contradicciones y crisis interna del movimiento indígena, la CONAIE lograba reafirmarse como representante de las demandas populares, e interlocutor legítimo frente al Estado. Es así que luego de varios días de protestas, y con once asesinad*s, el gobierno de Moreno aceptaba la exigencia de un diálogo. El 13 de octubre se transmitió en señal abierta por televisión nacional la primera mesa entre el presidente y sus ministros y dirigentes indígenas de varias organizaciones, incluidas la Federación de Indígenas Evangélicos, FEINE, la Ecuarunari, el Movimiento Indígena y Campesino de Cotopaxi y el Pueblo Sarayacu.

Mediante un discurso plurinacional y de clase, la CONAIE denunció las políticas racistas, violentas, extractivas, de sabotaje, saqueo y criminalización del Estado Ecuatoriano. A diferencia de otros sectores que planteaban la suspensión del Decreto

883, la CONAIE llevó el mensaje de sus bases y del pueblo ecuatoriano: la derogatoria inmediata del 883, la renuncia de María Paula Romo del Ministerio de Gobierno y de Oswaldo Jarrín del Ministerio de Defensa, libertad para l*s detenid*s ilegalmente, el cese de la persecución y criminalización de líderes sociales, y la elaboración colectiva de medidas económicas redistributivas que garanticen los derechos del pueblo. Ante la contundencia de la protesta y el casi inexistente respaldo a Moreno, el Decreto 883 fue derogado. Esta victoria temporal determinó para el conjunto del campo popular un cambio sustancial en su modo de percibirse y también de entender el país. La noción de organización y de colectividad se articuló con una conciencia sobre la injusticia y sus causas, sobre los intereses de clase. Y de la resistencia de los años anteriores, pasamos a la lucha. Teníamos en nosotr*s la capacidad, el deseo y la razón histórica para construir ya no solo acciones defensivas ante la política del Estado, también propuestas y planteamientos para el conjunto del Ecuador.

<107>

El paro fue una lucha que se descentra del individuo y que pone en evidencia la explotación de los territorios comunes, las formas crueles de empobrecimiento, explotación, tortura y violencia sistemática a la que están expuestos los sectores populares, principalmente las mujeres y los cuerpos racializados, feminizados y migrantes del país. Fue como decimos, una expresión de la lucha de clases que arrojó un nuevo tiempo, el tiempo de las claridades y los decantamientos.

Luego de las revueltas en Haití y las movilizaciones en Puerto Rico, en 2019, la lucha del pueblo ecuatoriano se enmarca dentro de las insurrecciones

populares que, a lo largo del año pasado, se fueron sucediendo en el Abya Ayala. Y por lo pronto, la insurrección del Ecuador es la única que ha logrado dos victorias temporales: la derogatoria de un decreto neoliberal y el archivo (semanas después) de la Ley de Crecimiento Económico que reforzaba, a través de cientos de artículos, la receta del FMI para el país.

<108>

El paro y el levantamiento no solo redefinieron los escenarios políticos, fue también un laboratorio para nuevas generaciones que no habían vivido los levantamientos de la década de 1990, ni las enormes movilizaciones contra el ALCA y los TLC, ni las caídas de presidentes. Nosotras sabemos que esa memoria que pasa por el cuerpo es la memoria que se instala, siembra y decanta para dar paso a algo que, sin ser del todo novedoso, alumbró un nuevo tiempo colectivo.

Por lo pronto, el 25 de octubre de 2019, el movimiento indígena en diálogo con el FUT y las organizaciones del Frente Popular, convocaron a la conformación del Parlamento de los Pueblos. Asisten una multiplicidad de organizaciones, colectivos y movimientos sociales urbanos y rurales de todo el país. Las mesas de trabajo creadas buscaban recoger las demandas y propuestas alternativas de todos los actores involucrados en el paro, para elaborar un documento alternativo al modelo económico y social del gobierno. Este documento entregado a la Asamblea y a la presidencia, constituiría la base para levantar parlamentos a nivel nacional: Loja, la Amazonía, Imbabura, Pichincha. El Parlamento de los Pueblos fue lo que cosechamos, pero fue también semilla para la creación de un espacio de articulación y encuentro entre mujeres.

De siembra a cosecha: política en femenino y disputas de los feminismos

Comiendo granos del campo... caraju

Soportamos la tormenta... caraju

En años anteriores el movimiento de mujeres y feministas del Ecuador presentaba conflictos alrededor de la poca capacidad de articulación con otras, sobre todo con otras de sectores populares, pueblos y nacionalidades, y disidencias sexuales y de género. La representación política dentro del movimiento estuvo marcada por dinámicas institucionales y ongeístas, que mantenían un discurso que, desde la perspectiva de género, no lograba problematizar la conexión de las violencias económicas y sociales con la violencia machista. El paro nacional deja en claro, como dice Verónica Gago, que «la cuestión de clase ya no puede ser abstraída de la dimensión colonial, racista y patriarcal sin rebelarse como categoría encubridora de jerarquías».

<109>

La política racista y xenófoba del gobierno de Moreno será un detonante que permite a las organizaciones de mujeres y feministas reconocer cuál es la posición política dentro la cual se enmarcan las organizaciones. Es el tiempo de las claridades y el paso a la lucha, que permite sostener la presencia de mujeres organizadas y feministas en el Parlamento de los Pueblos. Son ellas quienes dialogan y construyen en colectivo con otras organizaciones sociales la necesidad de posicionar y trabajar con las mujeres como fuerza política y como parte del sujeto múltiple del paro. Antirracismo, anticapitalismo y antipatriarcado son luchas que ya no pueden caminar fragmentadas. La presencia física y la

política del cuerpo colectivo y en diálogo permite por ejemplo que el Parlamento de los Pueblos acoja en el documento la necesidad urgente de despenalizar el aborto por violación y de exigir al Estado cumplir con su obligación de prevenir y erradicar la violencia machista.

<110>

En estas primeras semanas del año, el Parlamento de Mujeres se ha ampliado. ¿Cómo amasamos políticas antipatriarcales, anticoloniales y anticapitalistas en la vida cotidiana y en el quehacer político? ¿Cómo creamos lenguajes y prácticas bisagras entre culturas políticas y experiencias distintas de mujeres que atraviesan distintos lugares de opresión y privilegio? ¿Cómo desestructuramos el colonialismo interno que se remite a habitar el mundo y hacer política? ¿Qué hacemos para que nuestras diversidades no sean jerarquías que reproduzcan injusticias? ¿Qué formas de hacer política queremos recuperar de la larga tradición de lucha de este país, y cuáles necesitamos transformar? Tenemos ante nosotras la enorme posibilidad de que octubre sea el inicio de otra forma de hacer política; de que el cuerpo presente, que oye y reflexiona con las otras, sea más importante que la circulación saturada de información en redes; de ampliarnos en otros lenguajes, formas, demandas, territorios. Por ahora, lo que sí sabemos es que el ejercicio de interpelación interna requiere hacer de los feminismos populares y plurinacionales, y de la subjetividad femenina en lucha, una forma encarnada y desbordada de construir con l*s otr*s.

Sobre las autoras

Verónica Gago

Es docente en la Universidad de Buenos Aires y en la Universidad Nacional de San Martín e investigadora del Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (CONICET). Es autora de *La razón neoliberal. Economías barrocas y pragmática popular* (Tinta Limón / Traficantes de Sueños, 2015) y *La potencia feminista. O el deseo de cambiarlo todo* (Tinta Limón / Traficantes de Sueños, 2019). Es miembro de la editorial independiente Tinta Limón. Ha sido parte del colectivo de investigación militante Situaciones y actualmente del colectivo feminista NiUnaMenos.

Marta Malo

Es traductora e investigadora independiente. Es editora y coautora de *Nociones comunes. Ensayos entre investigación y militancia* (Traficantes de Sueños, 2004) y de *A la deriva por los circuitos de la precariedad femenina* (Traficantes de Sueños, 2004). Ha participado en iniciativas de investigación activista como Precarias a la deriva, Observatorio Metropolitano, Ferrocarril Clandestino-Manos Invisibles.

Forma parte en la actualidad de Entrar Afuera, espacio de investigación e intervención en torno a la salud, la educación y los cuidados.

Pastora Filigrana

<112>

Es abogada, especialista en derecho laboral y sindical y en derecho de extranjería. Militante del Sindicato Andaluz de Trabajadores y Trabajadoras (SAT) y activista por los derechos humanos. Pertenece a la Red Antidiscriminatoria Gitana (RAG) Rromani Pativ. Colabora asiduamente en la *Revista Contexto*.

Luci Cavallero

Socióloga e investigadora en la Universidad de Buenos Aires. Es docente en la Maestría de Géneros en la Universidad Nacional Tres de Febrero. Es coautora del libro *Una lectura feminista de la deuda* (Fundación Rosa Luxemburgo, 2019). Es miembro del colectivo feminista NiUnaMenos.

Helena Silvestre

Feminista afroindígena, favelada, militante de las luchas por la vivienda y participante de tomas de tierra en todo Brasil. Es editora de la *Revista Amazonas* y fundadora de la Escuela Feminista Abya Ayala y de Quilombo Invisível. Es autora del libro *Notas sobre a fome*. Por su militancia, encontró caminos para ser activista, escritora, educadora popular e impulsora de colectivos sobre juventud, género y racismo.

Amarela Varela Huerta

Es mamá. Doctora en Sociología por la Universidad Autónoma de Barcelona. Es profesora/investigadora en la academia de Comunicación y Cultura de la Universidad Autónoma de la Ciudad de México. Miembro del Sistema Nacional de Investigadores en México. Investiga sobre migración y movimientos sociales, migraciones de mujeres desde una mirada feminista. Ha publicado el libro *Por el derecho a permanecer y a pertenecer, una sociología de la lucha de los migrantes* (Traficantes de Sueños, 2013) y coordinado junto con Sandro Mezzadra y Blanca Cordero el volumen colectivo *América Latina en Movimiento* (Traficantes de sueños, 2019). Ha publicado artículos académicos en revistas indexadas y de divulgación científica.

<113>

Alondra Carrillo Vidal

Feminista, vocera de la Coordinadora Feminista 8M de Santiago, Chile. Psicóloga clínica y parte del Grupo de Estudios Feministas (GEF), desde donde desarrolla iniciativas de traducción e investigación; junto a este equipo busca contribuir al desarrollo de un marco epistemológico feminista socialista sobre la violencia de género. Tuvo a su cargo la traducción y edición del dossier *Género y Capitalismo: Debate en torno a Reflexiones Degeneradas*. Militante de Solidaridad Feminista Comunista Libertaria.

Javiera Manzi

Feminista, vocera de la Coordinadora Feminista 8M de Santiago, Chile. Socióloga, archivera docente y curadora independiente. Investiga los cruces entre

cultura visual, política y movimientos sociales desde los años setenta en América Latina. Coautora del libro *Resistencia Gráfica. Dictadura en Chile. APJ y Tallersol* (LOM, 2016). Actualmente es coordinadora de la Red Conceptualismos del Sur e integrante del colectivo del Centro Social y Librería Proyección

Kruskaya Hidalgo Cordero

<114>

Lesbofeminista en senda decolonial, forma parte de la Red Interuniversitaria de Estudios Feministas sobre las Violencias contra las Mujeres, la Coalición Interuniversitaria contra el Acoso Sexual y la red alumni de la organización feminista de India CREA. Colabora con diversos centros de investigación e incidencia política en Ecuador y México. Es parte del Parlamento Plurinacional y Popular de Mujeres y Organizaciones Feministas del Ecuador y de Ruda Colectiva Feminista.

Alejandra Santillana Ortiz

Feminista de izquierda, participa en la Coalición Interuniversitaria contra el Acoso Sexual en Ecuador, del Foro Feminista contra el G20 y de la Asamblea Feminista Autónoma e Independiente de la Ciudad de México. Es investigadora del Instituto de Estudios Ecuatorianos y del Observatorio de Cambio Rural, y forma parte de los Grupos de Trabajo Estudios Críticos del Desarrollo Rural y Red de Género, feminismos y memorias de América Latina y el Caribe. Es parte del Parlamento Plurinacional y Popular de Mujeres y Organizaciones Feministas del Ecuador y de Ruda Colectiva Feminista.

Belén Valencia Castro

Feminista y ciclista. Es investigadora del Instituto de Estudios Ecuatorianos (IEE). Sus temas de investigación se centran en mujeres rurales, movimientos sociales y campesinos, trabajo y precarización laboral, y metodologías feministas de educación popular. Forma parte de la Red de Mujeres en Bici Latinoamérica. Es parte del Parlamento Plurinacional y Popular de Mujeres y Organizaciones Feministas del Ecuador y de Ruda Colectiva Feminista.

